



**Universidad
Zaragoza**

Trabajo Fin de Grado

La Sexta Columna: las luchas entre los antifascistas durante la Guerra Civil española

Autor

Jesús Millera Santolaria

Director

Carmelo Romero Salvador

Filosofía y Letras

2016

Resumen

La Guerra Civil española es, entre otras muchas cosas, un escenario de luchas entre las organizaciones políticas de izquierda, antifascistas, inmersas en una guerra contra el fascismo. Las tensiones entre dichas organizaciones fueron continuas, en menor o mayor grado, desde el comienzo mismo del conflicto bélico hasta el fin de la Guerra Civil tras el golpe del coronel Casado.

El objetivo de este Trabajo de Fin de Grado reside en describir y analizar sintéticamente los principales puntos de tensiones y enfrentamientos abiertos entre las distintas fuerzas antifascistas, haciendo hincapié en el papel protagonista que ejercieron los anarquistas y, especialmente, los comunistas. Además de esto, también hemos intentado analizar aquellos conflictos, fenómenos y coyunturas que ayuden a comprender tanto la dinámica general del mundo antifascista español durante la guerra como el porqué de los enfrentamientos entre ellos mismos. Para todo ello he tomado como punto de referencia los Hechos de Mayo de 1937, punto álgido de la violencia antifascista durante la Guerra, sin obviar la que, posteriormente, conllevó en Madrid el golpe de Casado.

Palabras clave: Guerra Civil, antifascismo, Hechos de Mayo de 1937, sublevación de Casado, PCE.

Abstract

The Civil War is the appropriate Spanish scenario to approach the study of the conflicts between left-wing organizations, at the time so-called antifascists, as they were immersed in a war against fascism. Tensions between these groups were continuous to a greater or lesser extent, from the beginning of the conflict until the end of Civil War, after colonel Casado's coup.

The goal of this Final Degree Project is to describe and synthetically analyze the main tension points and open clashes between different antifascist forces, emphasizing the leading role that anarchists and communists played. Besides that, all kinds of relevant conflicts have been taken into account, for they help us to understand both the overall dynamics of antifascist world during the war and also the reason why they were fighting among themselves. In order to achieve this, the May Days of 1937, as the decisive point of the antifascists' violence during the war, will be taken as a reference point, not to mention the violence Casado's coup also led in Madrid.

Keywords: Spanish Civil War, antifascism, May Days of 1937, Casado's coup, PCE.

ÍNDICE

1. Introducción.....	3
2. Una breve contextualización	7
3. El camino hacia la ruptura: las rivalidades antifascistas al comienzo de la guerra	9
3.1 Una unidad tan sólo aparente: primeras hostilidades entre antifascistas	9
3.2 El aumento de las tensiones y el camino hacia los Hechos de Mayo de 1937.....	13
4. El estallido: los Hechos de Mayo de 1937	19
4.1 Abril de 1937: hacia la guerra abierta.....	20
4.2 El desarrollo de los Hechos.....	21
4.3 Responsabilidades y valoración de los Hechos.....	27
4.4 Las consecuencias de los Hechos	31
5. La etapa Negrín: la disolución del Consejo de Aragón y la “tregua” antifascista	35
5.1 La disolución del Consejo de Aragón.....	35
5.2 La “tregua” antifascista.....	38
6. El retorno de la hostilidad antifascista y el golpe del coronel Casado	41
6.1 La sublevación de Casado	42
6.2 Las consecuencias del golpe de Casado	44
7. Conclusión	46
8. Bibliografía	51

1. Introducción

«Vuestro interés manda no dividiros, cualesquiera que sean las diferencias de opinión. Nuestros tiranos no admiten esas diferencias entre nosotros. O venceremos todos o desapareceremos todos»

José Díaz (PCE), febrero de 1936.

El hecho de que las diferencias políticas en el seno de la izquierda ideológica siempre hayan sido notoriamente mayores a las que presenta la derecha es incontestable. Ésta es una cuestión que me ha interesado mucho desde los comienzos de mi formación política y académica, incluso antes de acceder a la educación superior. Tras estudiar, por ejemplo, el Frente Popular no podía más que preguntarme por qué, bien hoy en día, bien en épocas pretéritas, los diferentes partidos de izquierda no tomaban ejemplo de aquella coalición más asiduamente.

Una vez escogido el tema, la elección del espacio y el tiempo de mi trabajo —el momento y lugar en el que ubicar esas luchas en el seno de la izquierda que deseaba estudiar— es consecuencia tanto de mis preferencias personales como de la riqueza, en cantidad y calidad, historiográfica. Nuestro país fue el inmediato antecedente de la Segunda Guerra Mundial —la primera de las batallas entre fascismo y antifascismo de la Guerra Mundial, como ya intuyó Azaña, se iniciaba y libraba con la Guerra Civil española— y también uno de los pocos lugares del mundo donde los anarquistas consiguieron organizar colectivizaciones de importancia tanto cualitativa como cuantitativa. Asimismo, la España contemporánea, y sobre todo su Guerra Civil, es un referente en la conflictividad de la izquierda. Por ello considero que las luchas entre antifascistas españoles durante la Guerra Civil española son sin duda una buena elección para mi Trabajo de Fin de Grado.

Las referencias a dichas luchas antifascistas son una constante ya en su propia época. De la infinidad de textos que reflejan el fenómeno que nos ocupa el que me ha parecido más significativo es el que da título a este trabajo. La expresión de la “Sexta Columna” es una referencia directa a la archiconocida expresión de la Quinta Columna. El ministro de Defensa publicó el 30 de octubre de 1937 una nota en el diario *CNT* en la que enumeraba las que, a su juicio, habían sido las siete razones de la derrota tras la pérdida del norte republicano. Para él la primera de esas razones eran los antagonismos

políticos entre los diferentes grupos antifascistas, a los que consideró oportuno denominar Sexta Columna¹.

El objetivo general de mi trabajo es describir y analizar las luchas entre los antifascistas durante la Guerra Civil española. Para ello me he centrado sobre todo en los Hechos de Mayo de 1937, catalizador, a la vez que estallido, de todas las tensiones entre los antifascistas que se llevaban gestando desde el comienzo de la guerra o incluso antes. Tampoco he desdeñado ni el período anterior ni el posterior a dichos Hechos, cada uno con sus propias características. Por último, atiendo a un nuevo punto álgido de violencia antifascista durante la sublevación del Coronel Casado y el fin de la guerra. Además, he intentado explicar determinadas cuestiones clave para entender la España republicana bajo la Guerra Civil: el auge y la caída del PCE a lo largo de la contienda, la relación de este partido con la estrategia de resistencia de Negrín, el fracaso de la revolución y la sumisión de la CNT tras los Hechos de Mayo, la represión del POUM, etc.

A modo de breve estado de la cuestión, lo primero que hay que tener en cuenta es que la propia naturaleza del conflicto condiciona directamente la producción escrita. Lo podemos observar en las obras publicadas durante la guerra, tanto en autores españoles como extranjeros –la bipolarización española adoptó una dimensión mundial–. Los sublevados lo hacían por la necesidad de justificar la rebelión; los republicanos, por legitimar la defensa de la República.

Durante las primeras décadas del franquismo la interpretación más extendida presentaba a la rebelión militar como una cruzada de liberación nacional: los franquistas entendieron la guerra como la lucha entre el Bien y el Mal, entre España y la “anti-España”². También en el bando republicano las tergiversaciones franquistas tuvieron su paralelo, aunque, según Preston, la necesidad partidista y justificadora de explicar la derrota evitó que se descuidara totalmente la verdad, de modo que se publicaron al menos algunas obras de valor³. La visión de los vencidos se circunscribía, como cabe imaginar, al exilio; una visión que, además, lejos estaba de ser monolítica.

Fueron los autores extranjeros, fundamentalmente anglosajones, los primeros que introdujeron en sus obras explicaciones razonables, basadas en un verdadero estudio de las fuentes históricas disponibles. Algunos de los primeros y más importantes fueron

¹ Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 227.

² Manuel PÉREZ LEDESMA: “La Guerra civil y la historiografía...”, p. 102.

³ Juan Andrés BLANCO: “La historiografía...”, p. 4.

Thomas, Jackson, Carr y Malefakis⁴. En cuanto a la producción española, a partir de mediados de los años sesenta los nuevos aires aperturistas de la universidad propiciaron el inicio de los estudios sobre la Guerra Civil y la Segunda República. Sin embargo, estas obras no supusieron más que un lavado de cara a la producción franquista anterior: adoptaron un cariz más académico, pero la interpretación no cambió en lo sustancial⁵.

Los años setenta estuvieron marcados por el final del régimen franquista y el inicio de la transición, lo que modificó el carácter de la historia elaborada desde entonces. Aumentó el interés por la época que nos ocupa, la producción pretendió una mayor imparcialidad y se atendió más a la rica documentación conservada en los archivos. Además, atendemos también a varios cambios en los géneros historiográficos: triunfa, sobre todo, la historia local y regional⁶.

De los años setenta y ochenta en adelante se hace cada vez más difícil establecer unas características generales debido a la diversidad de autores y producción. Sin embargo, sí que abundaron una serie de temas y tópicos, de los cuales el que más hondo caló fue el de la “reconciliación nacional”. Así, salvo por alguna voz discordante procedente de los vencedores, la guerra fue considerada un episodio funesto, consecuencia de la ruptura de la convivencia, y de ahí que se pasara a hablar de “guerra fratricida”⁷. Además, aunque persistieron los estudios tradicionales de historia política y militar, también surgieron nuevos temas de interés: la cultura y propaganda, la represión, la vida en la retaguardia, la mentalidad, el simbolismo, etc. Hoy en día esta tendencia no ha hecho más que acentuarse, de forma que cada vez aparecen más estudios sobre temas que tradicionalmente no habían sido abarcados, aunque no por ello se deja de cultivar temas tan básicos como la política y la memoria.

Por último, quisiera comentar brevemente la bibliografía que he utilizado. En primer lugar, cabe destacar que, a pesar de que la Guerra Civil española ha sido un episodio estudiado muy exhaustivamente, pocos se han dedicado específicamente a las luchas entre antifascistas. En segundo lugar he de decir que ninguno de los libros que he consultado adopta una visión ni implícita ni explícitamente partidaria de los comunistas. En general todas las obras, en mayor o menor medida, son críticas con el papel que el PCE y la Komintern jugaron en la conflictividad antifascista durante la Guerra Civil. La diferencia reside en *hasta qué punto* el autor critica su actuación. Este supuesto, como es

⁴ *Ibid.*, p. 7.

⁵ Manuel PÉREZ LEDESMA: “La Guerra civil y la historiografía...”, pp. 105-106.

⁶ Juan Andrés BLANCO: “La historiografía...”, pp. 16-20.

⁷ Manuel PÉREZ LEDESMA: “La Guerra civil y la historiografía...”, p. 106.

lógico, ha tenido una notable influencia en mi trabajo. En cualquier caso, lo que sí puedo indicar es que el PCE estuvo inmerso en prácticamente todas las disputas antifascistas sobre las que he tenido constancia.

En segundo lugar, es preciso apuntar que he consultado fuentes de distinta época y con autores de distintas ideologías con objeto de integrar voces heterogéneas en mi trabajo. La obra que me ha resultado más útil es la de Manuel Aguilera, *Compañeros y camaradas*, que versa específicamente sobre el tema que nos ocupa. *La república española en guerra*, de Helen Graham, ha conformado, junto a la obra anterior, los dos pilares básicos de mi trabajo. Para los Hechos de Mayo, me ha sido también de gran interés la obra de Manuel Cruells, cuyo valor reside en su condición de periodista y observador directo de los Hechos y en la sencillez y fuerza de su trabajo, y la obra editada por la Fundación Nin, en la que he podido consultar interesantes aportaciones de historiadores como Pierre Broué y Pelai Pagés. También me han resultado de gran utilidad obras como las de Bolloten, Preston o Viñas, pero considero que no ha lugar a su comentario.

2. Una breve contextualización

Antes de entrar de lleno con el tema del trabajo es preciso llevar a cabo una pequeña contextualización. La Guerra Civil española se enmarca en la crisis del liberalismo que se vivía tanto en España como en Europa ya desde comienzos de siglo. Tras la Primera Guerra Mundial, que supuso un primer punto de inflexión en la descomposición del viejo orden tradicional, llegó el período de Entreguerras, en el que el nuevo orden que se estaba forjando quedó nuevamente trastocado por el crack del 29 y la consecuente crisis económica mundial, así como por el fenómeno del fascismo, entre otros. Así las cosas, la situación en los años treinta a nivel europeo volvía a ser de extrema tensión.

En este contexto, el 14 de abril de 1931 se instauró la Segunda República española cuya problemática, evidentemente, no puede explicarse al margen de dicho contexto europeo e internacional en el que se agudizan las propias tensiones internas, no pocas de ellas, por otra parte, seculares.

Tras un primer bienio izquierdista y reformista –el social-azañista– y uno segundo derechista y contrarreformista –el denominado “bienio negro”–, los distintos partidos de izquierda –desde republicanos burgueses como Unión Republicana o Izquierda Republicana, hasta netamente proletarios como el PCE o el POUM– conformaron, condicionados por la ley electoral que primaba claramente a las mayorías y ante el ascenso del fascismo en Europa, una coalición electoral, el Frente Popular. Su objetivo era enfrentarse en las urnas, el 16 de febrero de 1936, a una derecha también coaligada –la CEDA–. Se trataba, en todo caso, de una alianza tan instrumental como condicionada por las circunstancias mencionadas, y su ajustado triunfo determinó un gobierno republicano socialista con el apoyo del resto de los partidos que habían conformado el Frente Popular. Estas fuerzas políticas heterogéneas, aunque unidas electoralmente frente a la derecha, serán las que se enfrenten a los sublevados el 18 de julio.

Por otra parte, es preciso tener en cuenta que las actuaciones y limitaciones de la izquierda española durante la guerra deben entenderse en relación con sus experiencias y visiones del mundo anteriores a ella. Asimismo, también condicionó la dinámica del antifascismo –y de todas las organizaciones políticas en general– el hecho de que en España existieran unos niveles de desarrollo extremadamente desiguales. Las diferencias socioeconómicas entre las diferentes regiones españolas generaron durante las décadas precedentes a la Guerra una evolución muy diferente de cada ideología y organización política. El mejor ejemplo de este particularismo lo constituye Cataluña, pues su

condición de potencia industrial peninsular y de foco nacionalista, amén de otras cuestiones en las que no podemos entrar, la convirtió en un *rara avis* en el conjunto de España. Sin duda, lo más significativo fue el peso que allí tuvieron los anarquistas, notablemente superior no sólo al resto de España sino también al resto del mundo.

En esta misma línea, aunque de forma menos exacerbada, encontramos multitud de ejemplos por toda la península: el PSOE predominaba en Madrid y Valencia; la CNT en Aragón y Cataluña; la UGT en Valencia, Madrid y Andalucía, etc. No podemos detenernos en analizar los porqués de cada particularismo, pero es preciso tener en cuenta que éstos existían y que condicionaron las tensiones en las agrupaciones antifascistas.

3. El camino hacia la ruptura: las rivalidades antifascistas al comienzo de la guerra

El golpe de Estado del 18 de julio de 1936 desencadenó en España no sólo una Guerra Civil entre el ejército sublevado y sus partidarios y aquellos que permanecieron leales a la República, sino también la revolución de los militantes antifascistas, que comenzaron a organizarse en comités obreros a lo largo y ancho de la geografía de la España republicana. Parecía, en los inicios, que el entusiasmo y la euforia se habían superpuesto a las discordias anteriores. Tal fue su triunfo, al menos en un principio, que los obreros se hicieron dueños de la situación en las calles, dificultando –imposibilitando, incluso, en determinados lugares– al Gobierno republicano ejercer el poder de forma efectiva en el territorio republicano. Podemos hablar, pues, de *guerra y revolución*⁸ una vez más en la Historia de España⁹.

Una revolución, provocada precisamente por aquéllos que querían evitarla, que unía a cuantos permanecían fieles al Gobierno: republicanos de izquierda, independentistas, comunistas, anarquistas, socialistas... Pero con el fracaso del golpe militar y el desarrollo de la guerra volvieron a aparecer todo tipo de diferencias en los antifascistas sobre cómo actuar y afrontarla; diferencias que, con el tiempo, degeneraron en fuertes discordias e incluso conflictos abiertos tanto dialécticos como armados. En cuanto a los revolucionarios de izquierda, su situación hegemónica de los primeros días no duraría mucho: tanto la burguesía como el avance del ejército sublevado ejercieron una importante presión que llevó a una paulatina pérdida de poder de los comités en favor del Gobierno republicano (además de la Generalitat, que se conformó como órgano autónomo, y a excepción del Consejo de Aragón que, desde octubre, se mantuvo como gobierno anarquista consentido durante unos meses).

3.1 Una unidad tan sólo aparente: primeras hostilidades entre antifascistas

No debemos pasar por alto que la sensación de unidad de los republicanos contra el fascismo que se respiraba en los primeros momentos de la guerra era, al fin y al cabo,

⁸ Como aclaración he de añadir que se debe diferenciar a lo largo del ensayo entre la “revolución” emprendida por todos los obreros al constituir los comités como unidad básica de control –despreciando así el poder del Estado– y la verdadera revolución social y económica que emprendieron los anarquistas y pumistas.

⁹ Cabe matizar que el primer y segundo día tras el estallido sólo algunos de los militantes más comprometidos salieron a las calles a combatir a los sublevados, junto a las fuerzas de seguridad leales. El famoso “pueblo en armas” apareció después, cuando, derrotado el levantamiento las calles se llenaron de hombres y mujeres en huelga que el 19 y 20 de julio habían permanecido en sus casas atemorizados por los acontecimientos. Julián CASANOVA: *De la calle al frente...*, p. 157.

como ya he adelantado, una ilusión temporal. La fragmentación del poder del Estado y de los sindicatos propició que los conflictos que ya existían entre algunos sectores de las bases anarquistas, socialistas y comunistas estallaran en violencia abierta. El golpe militar fracturó las estructuras organizativas pero dejó intacta la dinámica de las relaciones entre la izquierda anterior a la guerra. En otras palabras, la sublevación no modificó aspectos sustantivos de las conductas políticas ni de las diferentes identidades sociales de la izquierda, ya profundamente arraigadas.

Con el paso de los días, la conflictividad entre partidarios de la República, especialmente entre anarquistas y comunistas, comenzó a ser ya palpable tanto en la retaguardia como en el frente. Tan sólo hubo que esperar, según Arturo Barea, dos días desde la sublevación para poder hablar de la primera víctima antifascista asesinada a manos de otro antifascista. Según cuenta el citado Barea, él y su hermano acudieron al café La Magdalena, en Madrid, donde los clientes estaban cantando la Internacional. Entonces entró un anarquista y, tras gritar “viva la FAI”, fue asesinado de un balazo en la frente por un miliciano comunista, quien murmuró “uno menos”¹⁰. Esta anécdota nos ofrece a pequeña escala, recién empezada la guerra, un anticipo de lo que acabaría sucediendo a nivel “macro”.

Otro ejemplo representativo de esta paz inicial ficticia es el telegrama que envió Victorio Codovilla, representante de la Komintern en España, a Moscú tan sólo tres días después de comenzar la guerra: “única mancha negra son anarquistas, proceden a pillajes e incendios, se les ha hecho advertencia leal, pero en caso de continuar acciones de provocación, se aplicará ley revolucionaria”¹¹. La actuación del PCE durante la guerra, como vamos a ir viendo, no dependió únicamente de su dinámica interna sino también de las directrices que recibía en tanto que miembro de la Komintern, hasta el punto de que sus delegados constituían *de facto* la dirección del partido. Asimismo, también se ha de tener en cuenta para entender la actuación de este partido durante la guerra que adoptó una línea de aparente moderación: frente a la revolución social por la que luchaban anarquistas y poumistas, el PCE se mostró proclive a la revolución “democrático-burguesa”, considerada el paso previo a la revolución socialista. En la práctica, esto supuso aplazar *sine die* la realización de dicha revolución¹².

¹⁰ Arturo BAREA: *La forja...*, pp. 630-633.

¹¹ Telegrama de Codovilla y Díaz a Manuiski y Dimitrov, 21 de julio de 1936. Reproducido en Antonio ELORZA y Marta BIZCARRONDO: *Queridos Camaradas...*, p. 295.

¹² Walther BERNECKER: *Colectividades...*, pp. 61-70.

Los periódicos anarquistas, siempre incendiarios, pronto se hicieron eco de las luchas cada vez más frecuentes entre comunistas y anarquistas. El 4 de agosto el diario *Solidaridad Obrera* declaró que los cenetistas estaban haciendo “titánicos esfuerzos” para evitar un enfrentamiento en la retaguardia y avisó de que si continuaba “el zancadilleo y las maniobras subterráneas” no se quedarían de brazos cruzados¹³. Vemos, pues, que los anarquistas se sentían ya en este momento acosados por los comunistas, sentimiento que persistió durante buena parte de la guerra en el anarquismo español.

De estas primeras semanas en adelante la espiral de violencia entre antifascistas no haría más que crecer –aunque paulatinamente– hasta el estallido de violencia fratricida que supusieron los Hechos de Mayo de 1937. Antes de terminar julio más de una decena de antifascistas habían sido ya asesinados en distintos puntos del país en peleas similares a la descrita por Barea. Sucedió lo propio en agosto y septiembre, siendo este último mes especialmente conflictivo en Aragón, pues las colectivizaciones anarquistas que se estaban implantando no eran del agrado de muchos.

Cabe destacar también los fuertes enfrentamientos que la CNT y la UGT mantuvieron en estos primeros momentos en Aragón y Cartagena, pero, sobre todo, en los muelles de Barcelona. Aquí la batalla entre ugetistas y cenetistas por atraer militantes contaba con una larga tradición. Se remontaba a 1916, cuando la CNT realizó un intento de absorber La Naval, sindicato de estibadores de la UGT. Pero la especificidad de su conflictividad en Barcelona en los años treinta derivaba de que el trabajo, cada vez más escaso, se asignaba en las oficinas de colocación obrera republicanas según el número de militantes de cada sindicato¹⁴.

En un intento de acabar con todas estas tensiones en la retaguardia el Gobierno concluyó en agosto que se debía desarmar a todos los civiles. Evidentemente unos civiles desarmados eran unos civiles *sin poder*, aspecto éste que precisaba el Gobierno para acabar con unos comités obreros que habían sido aceptados y consentidos, únicamente porque al Gobierno no le había quedado otra opción para detener el golpe. Ahora, con el desarrollo de la guerra, le suponían un impedimento para recuperar el poder de forma efectiva en el territorio leal a la República. Las fuerzas armadas intentaron llevar a cabo dicho cometido mediante controles aleatorios a la población civil. Pero no fue fácil, sobre todo por la resistencia de los anarquistas. Los cenetistas no sólo no se amedrentaron ante

¹³ *Solidaridad Obrera*, 4 de agosto de 1936, p. 1.

¹⁴ Aunque también había fuentes de tensión más allá del puerto: por ejemplo, los ugetistas eran a veces utilizados en Cataluña para reemplazar a los trabajadores de la CNT en huelga, lo que les costaba la reputación de esquirols. Helen GRAHAM: *La república...*, p. 77.

la acción del Gobierno sino que a principios de octubre constituyeron el Consejo Regional de Defensa de Aragón, que actuó como gobierno autónomo hasta su disolución en agosto de 1937¹⁵.

A este mismo objetivo de reducir el poder del proletariado en armas, y especialmente el poder de los cenetistas, respondieron las medidas tomadas por el Gobierno ya bajo la presidencia de Largo Caballero, quien había sustituido a José Giral a principios de septiembre. Su importancia simbólica fue fundamental, pues su discurso revolucionario –aunque con una práctica más moderada– sirvió para que la izquierda se sintiera, en cierto modo, más agrupada y mejor representada bajo su presidencia¹⁶.

La primera de esas medidas fue la eliminación de los comités revolucionarios –en los que la CNT tenía preponderancia– y su sustitución por consejos locales con todos los grupos de izquierda; la segunda, la inclusión en el Gobierno, en noviembre, de cuatro ministros cenetistas¹⁷, lo que ha sido interpretado por ciertos sectores como una forma de tener a los anarquistas más controlados¹⁸. Cabe destacar que el más importante de los comités disueltos fue el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, tras cuya eliminación se restableció la Generalitat como único órgano rector. Tanto al Gobierno central como a la Generalitat les incomodaba la existencia de este organismo revolucionario, pues demostraba que la autoridad tanto de uno como de la otra era inexistente en Cataluña¹⁹. No obstante, se concedieron tres carteras a los anarquistas en el gabinete formado el 28 de septiembre²⁰.

Por último, mención aparte merece la denominada Columna de Hierro. Organizada en Valencia en agosto de 1936, fue una columna genuinamente anarquista compuesta por militantes de la CNT-FAI, pero también por presos recién liberados del penal de San Miguel de los Reyes. Se trata de la unidad militar antifascista más acusada

¹⁵ Cf. p. 36

¹⁶ Helen GRAHAM: *La república...*, pp. 153-157.

¹⁷ A semejante ruptura con la tradición antipolítica se le acabaron achacando todos los males de la CNT. Pero a juicio de Julián Casanova, aunque parece que los anarquistas no fueron conscientes de ello, la entrada en el gobierno de la CNT tuvo consecuencias positivas, sobre todo la de intentar aumentar la responsabilidad y la disciplina en la retaguardia: la entrada en el gobierno fue el principal símbolo de dicha defensa de la responsabilidad. Julián CASANOVA: *De la calle al frente...*, pp. 191-192.

¹⁸ El Gobierno hizo gala de lo que los politólogos anglosajones llaman *brinkmanship*: una gran capacidad de maniobra al borde del abismo. Chris EALHAM: *La lucha por Barcelona...*, p. 273.

¹⁹ Abad de Santillán, escritor anarquista, afirma que se les decía sin cesar que mientras se persistiera en mantener dicho comité no llegarían armas a Cataluña ni se les proporcionaría materias primas para la industria. La presión tanto de la Generalitat y del Gobierno central como de los partidos pro-clases medias catalanas acabó siendo insostenible y el Comité tuvo que ser disuelto. Burnett BOLLOTEN: *La revolución española...* pp. 528-529.

²⁰ Véase nota 8.

de saqueos, asesinatos y demás tropelías en la retaguardia. Su aspiración era la revolución social y la destrucción de toda autoridad –incluida la republicana–, y por ello extendió su lucha en dos frentes: contra Franco y contra el Estado republicano.

Tras el asalto a varios edificios institucionales en Valencia, la tensión degeneró en septiembre en combate abierto en la retaguardia cuando algunos de los batallones de esta columna abandonaron el frente para ir en ayuda de comités locales de la CNT, cuyas colectivizaciones estaban siendo disueltas en Valencia. En medio de esas disputas murió asesinado José Pardo, dirigente de la UGT, y los ugetistas se vengaron asesinando a Tiburcio Ariza, delegado de la Columna. Este crimen indignó de tal manera a los cenetistas de los alrededores que muchos abandonaron en masa el frente para asistir al sepelio de Ariza. Los comunistas, movidos por el resentimiento, les prepararon una emboscada, y desde su sede ametrallaron el cortejo fúnebre, causando unos 30 muertos y 50 heridos. Fue uno de los episodios más sangrientos de la lucha antifascista, sino el que más, hasta los Hechos de Mayo de 1937.

3.2 El aumento de las tensiones y el camino hacia los Hechos de Mayo de 1937

Hasta ahora hemos visto, sobre todo, conflictos acontecidos entre militantes antifascistas, no así entre las distintas organizaciones, esto es, entre sus cúpulas o entre su militancia movida por influencia de aquéllas. La rivalidad entre los partidos y sindicatos de izquierda se remonta a mucho antes de la guerra. La mera existencia de más de un partido con aspiraciones de representar los intereses de un mismo grupo social, en este caso, el proletariado, lleva indefectiblemente a la existencia de disputas y pugnas entre ellos. Pero lo que comenzó siendo una convivencia competitiva entre los partidos y sindicatos de izquierdas pronto tornó en una conflictividad *in crescendo* y cuyos grados de intensidad no fueron idénticos, desde luego, en las distintas coyunturas. Durante la Guerra Civil asistimos, sin duda, al punto álgido de dicha conflictividad.

La primera organización antifascista en ser abiertamente atacada, desde los organismos gubernamentales republicanos, fue el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), partido comunista no estalinista²¹. La Junta de Defensa de Madrid declaró ilegal este partido y lo expulsó de dicha Junta con la única oposición de la CNT. Esta exclusión fue orquestada por la URSS, que expresó su preferencia política respecto a la

²¹ Debido a que Andreu Nin, líder del POUM, fue secretario personal de Trotsky muchos autores han tachado al POUM de partido trotskista, lo cual no es cierto. Lo confirman la mayoría de los autores que he consultado, pero ninguno como Burnett BOLLOTEN: “Cataluña: revolución y contrarrevolución” en *La revolución española...*, pp. 515-558.

Junta en noviembre de 1936 al mismo tiempo que allí se estaban iniciando las purgas contra los trotskistas. Si bien su intromisión en este órgano no fue común, en este caso sus directrices fueron claramente acatadas. Las razones debemos ponerlas en relación con dos cuestiones. Primero, y esto es algo a tener en cuenta durante todo el período y la temática que abarca este trabajo, la URSS fue la principal aliada de la República española durante la guerra, y habría sido contraproducente disgustar a un país sin cuya ayuda la victoria sería imposible. Segundo, porque el carácter e importancia del POUM era bastante diferente en Cataluña, donde más asentado estaba, que en Madrid, donde su escasa presencia posibilitaba que su exclusión fuera motivo de conflicto.

En noviembre de 1936 la prensa del POUM aumentó notablemente sus críticas por la exclusión del partido de la Junta de Defensa de Madrid. Los poumistas acusaron abiertamente a la URSS y a la Komintern de pretender contener la revolución española porque ésta no les ofrecía ninguna ventaja partidista, pues no la controlaban políticamente²². Pero esto no quedó ahí. A finales de 1936 el POUM comenzó también a ser atacado en Cataluña. Ante estos ataques, contrarrestó aumentando sus críticas contra la Komintern y sus comisarios, contra el Gobierno y contra la Junta de Defensa. Ésta no permitió al POUM tan acres críticas y, bajo la acusación de que estaban preparando acciones terroristas contra dirigentes antifascistas²³, terminó por clausurar su prensa, su radio y sus locales en Madrid en enero de 1937.

En Cataluña el conflicto trascendió mucho más y terminó, como ya sabemos, en los Hechos de Mayo. El inicio de las tensiones se remontaba a tiempo atrás, pero el punto de inflexión podemos situarlo en noviembre. Entonces, tal como señalaba anteriormente, el POUM, sobre todo a través de *La Batalla* –órgano de expresión de este partido–, aumentó las críticas a sus adversarios –recordemos que la prensa poumista fue clausurada en Madrid pero no en Barcelona–. Ante los ataques de este periódico a la política de la URSS, el Consulado ruso de Barcelona publicó una nota el 27 de noviembre de 1936 acusando a *La Batalla* de “intentar suministrar material para las acusaciones fascistas”²⁴. Ésta fue la primera de las acusaciones de quintacolumnistas que recaerían sobre el POUM, pues dicha organización fue tachada de pro franquista por sus adversarios antifascistas durante toda la contienda. De hecho, toda la prensa comarcal adicta al PSUC comenzó en los días posteriores a acusar al POUM de pactar con el fascismo.

²² *La Batalla*, 18 de noviembre de 1936.

²³ Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 33

²⁴ Manuel CRUELLS: *Mayo sangriento...*, p. 28.

Poco después de la publicación de la nota del consulado ruso, el 12 de diciembre, se produjo una crisis de gobierno en la Generalitat, tras la que nuevamente el POUM quedó excluido de los órganos de Gobierno. Esta exclusión vino debida en diciembre a la fuerte presión de ERC y el PSUC, el partido catalán unificado que incluía a socialistas y comunistas, entre otros. Con esa misma presión el PSUC también logró arrebatarse a la CNT, única organización que se había opuesto a la expulsión del POUM, la Comisaría General de Orden Público, que hasta entonces había monopolio anarquista.

Por aquella época el PSUC tenía el objetivo tanto de minar el poder de cenetistas y poumistas –especialmente de los segundos– como de apoderarse de los órganos de Orden Público de la Generalitat, y parece que se estaba imponiendo en ambas cuestiones. En definitiva, esta crisis supuso el primer paso serio por parte del PSUC para dominar la política catalana y apartar de la escena, por tanto, a todos los elementos que pudiesen oponerse a este dominio.

El nuevo gobierno de la Generalitat quedó constituido el 18 de diciembre, y fue entonces cuando llegó a su puesto en la Comisaría General de Orden Público el comunista Eusebio Rodríguez Salas, quien, en palabras de Manuel Cruells, “ha sido siempre señalado como el responsable directo de los Hechos de Mayo en Barcelona”²⁵ por haber ordenado el hecho desencadenante del conflicto: el asalto a la Telefónica.

Durante los meses inmediatamente posteriores la tensión a pie de calle se mantuvo en todos los aspectos. En este contexto los comunistas demostraron especial interés en crear una psicosis de desorden –que, efectivamente, existía–, cuya responsabilidad hacían recaer sobre los cenetistas²⁶. El juego de desprestigio entre ambas organizaciones era constante. En un principio los anarquistas tuvieron bastante más poder y, sin ninguna duda, una de las principales causas de su pérdida fue la estrategia de desgaste del PSUC en Cataluña y del PCE en el resto de España. Estrategia, por otra parte, que dio resultado: el relevo político de los revolucionarios era cada vez más claro.

Huelga decir que esta conflictividad tenía reflejo en las instituciones: CNT y PSUC/PCE mantuvieron en ellas una difícil convivencia. Buen ejemplo de ello fue no sólo la crisis de gobierno de la Generalitat que ya hemos visto sino, y sobre todo, la que tuvo lugar en marzo. Esta nueva crisis vino producida por la dimisión de los representantes anarquistas debido a un decreto emitido por Artemi Aiguadé, *conseller* de

²⁵ *Ibid*, p. 30. No obstante, a pesar de que es indiscutible su papel en el asalto a Telefónica, el resto de autores que he consultado confiere, al menos implícitamente, más protagonismo a Aiguadé que a Salas. Véase, por ejemplo, Ángel VIÑAS: *El escudo de la República...*, p. 495.

²⁶ *Ibid*, p. 33.

Orden Público de ERC. En virtud de dicho decreto se procedía al desarme de la retaguardia y a la disolución de las Patrullas de Control –policía revolucionaria de la ciudad, controlada por los cenetistas– a efectos de una posterior organización de los cuerpos dependientes de Orden Público. Se intentaba con esto que las armas y aquellos que las portaban quedaran bajo el control directo de la *Conselleria* de Orden Público. La segunda medida no tuvo mucho éxito, pues las Patrullas de Control hicieron caso omiso y mantuvieron su actividad unos pocos meses más –de hecho, participaron activamente en los Hechos de Mayo–.

Pero, a pesar de que la necesidad de reestructurar las fuerzas de orden público parecía evidente, los anarquistas vieron el decreto como un ataque directo contra ellos y su revolución²⁷. Al fin y al cabo, los anarquistas sabían que, sin las armas y la fuerza que éstas les conferían, no podrían mantener ningún puesto directriz en las instituciones ni tampoco las conquistas revolucionarias que habían obtenido. Asimismo, creían, y quizás no sin fundamento, que en la práctica este decreto sería útil sólo para desarmarlos a ellos y a los poumistas²⁸. Tanto esto como el apartarlos del cuerpo de policía revolucionario fue, sin duda, un éxito para los comunistas, cuya campaña para desprestigiar y restar poder a la CNT daba cada vez más frutos.

Por otra parte, cabe añadir que en los días en torno a esta crisis se suspendieron temporalmente diarios críticos como *La Batalla* (POUM) y *Nosotros* (FAI). Entonces ERC y las JSU (Juventudes Socialistas Unificadas) acusaron de fascistas a las JCI (Juventud Comunista Ibérica, del POUM); *La Batalla*, tras ser restablecida pocos días después, advirtió: “se ha de acabar de una vez con las provocaciones, como sea: empleando la ofensiva si es preciso”²⁹.

Finalmente esta crisis de gobierno de la Generalitat, aun saldada con modificaciones en el Gobierno, no alteró prácticamente la correlación de fuerzas, al tiempo que, en la calle, la tensión, choques y asesinatos entre los distintos sectores antifascistas se acrecentaban. Y ello a pesar de que hubo momentos puntuales en los que los dirigentes de la CNT y el PCE intentaron acercamientos para acabar con la violencia entre sus partidarios. Buen ejemplo de ello fue el acuerdo al que llegaron la CNT y el PCE el 1 de enero de 1937; acuerdo que, sin embargo, no supuso nada en la práctica³⁰.

²⁷ Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 71.

²⁸ Manuel CRUELLS: *Mayo sangriento...*, p. 34.

²⁹ *La Batalla*, 17 de marzo del 37, p. 2.

³⁰ José PEIRATS: *La CNT...*, tomo II, pp. 63-65. El manifiesto que ambas organizaciones firmaron, recogido por Peirats, establecía que ambas debían guardar la unidad antifascista y que para ello era necesario

Los intentos de cesar sus luchas se mostraron inútiles y las tensiones no hacían más que aumentar mes a mes.

Otro punto de discordia entre ambas organizaciones fue la conversión de las milicias en Ejército Popular a comienzos de 1937. Las organizaciones más revolucionarias –CNT, FAI y POUM– eran partidarias de mantener las milicias, mientras que el resto creía que había que disolverlas y organizar a sus integrantes en el Ejército Popular. El triunfo de la opinión de estas últimas trajo consigo conflictos en el frente. Por ejemplo, en marzo unos mil milicianos de la Columna Durruti abandonaron el frente de Aragón dirección Barcelona y allí fundaron la organización Los Amigos de Durruti, una sección partidaria de la más pura ortodoxia anarquista. Las milicias que más se opusieron a esta militarización fueron las que componían la ya mencionada Columna de Hierro, que hasta finales de marzo, previa decisión tomada en asamblea por sus integrantes, no aceptaron integrarse en el Ejército Popular³¹.

Pero los que fueron sin duda los conflictos en los que la CNT se vio más implicada fueron los surgidos a raíz de las colectivizaciones, tanto en Aragón como en Cataluña. La revolución no sólo había que hacerla, había que *extenderla*, y en ello bregaron con ahínco los anarquistas al trasladarse pueblo por pueblo instalando colectivizaciones. Debemos tener en cuenta que no sólo los conservadores se oponían a aquéllas, sino también un amplio sector de la izquierda que se enfrentaba a la CNT con gran violencia. Ésta era la respuesta lógica ante los desmanes de los cenetistas, que conllevaban, incluso, el enfrentamiento entre los propios comités revolucionarios locales con los anarquistas forasteros que llegaban “a hacer la revolución”. Cabe destacar que uno de los principales motivos de rechazo a las colectivizaciones era que éstas no se adaptaron a la realidad: estaban concebidas para jornaleros, y no para esos miles de pequeños propietarios que había en Aragón y otras regiones³².

Tras múltiples pequeños enfrentamientos en varias localidades, se desató la tragedia a finales de enero de 1937 en La Fatarella, un pequeño pueblo de Tarragona. Allí parte de la población, en su mayoría ugetistas, se opusieron a la colectivización impuesta por la CNT. El enfrentamiento, previa llegada de refuerzos cenetistas desde Barcelona, se saldó con 35 muertos, en su mayoría contrarios a la colectivización ejecutados tras los

mantener la cordialidad en la propaganda –defender su doctrina sin atacar al contrario– y actuar rápidamente, a nivel local, en caso de que sucedieran incidentes entre antifascistas.

³¹ Burnett BOLLOTEN: *La revolución española...*, pp. 457 y 548.

³² Julián CASANOVA: *De la calle al frente...*, p. 207.

combates. El diario anarquista *Solidaridad Obrera* justificó la matanza argumentando que había sido un “levantamiento reaccionario”³³.

En la semana siguiente se repitieron los enfrentamientos, de los cuales destaca el asesinato del anarquista Salvador Puig por parte de unos campesinos y las ejecuciones de cinco aldeanos, como venganza, por parte de unos cenetistas. Estos episodios dieron a los anarquistas una fama pésima. Cabe destacar que la gravedad de la situación en el campo catalán fue uno de los motivos que llevaron a Aiguadé a emitir el decreto ya comentado.

Las noticias de estos sucesos llegaron a Barcelona en un momento en el que había graves problemas de abastecimiento. Ello propició que comunistas y nacionalistas pudieran aprovecharse políticamente de ello: acusaron a la CNT en general, y a las colectivizaciones y los comités de abastecimiento en particular, de ser los culpables de la falta de alimentos en las ciudades. La CNT, por su parte, echaba la culpa de la escasez a los especuladores vinculados a la UGT y al PSUC; una especulación que, sin duda, es cierto que existió. Pero fue sobre todo la propia guerra el principal factor que minó la agricultura, y no las colectivizaciones o la acción de ninguna organización política. La guerra había producido una crisis económica marcada por la escasez, la inflación la especulación y el mercado negro emergente. Además, Barcelona era la ciudad más populosa de la España republicana en este momento ya que su lejanía del frente la había convertido en el destino de muchos refugiados. Ni que decir tiene que ese aumento de la población agravó la escasez³⁴.

³³ *Solidaridad Obrera*, 27 de enero de 1937, p. 10.

³⁴ Helen GRAHAM: *La República...*, pp. 278 y 341.

4. El estallido: los Hechos de Mayo de 1937

Los Hechos de Mayo de 1937 representan claro un punto de inflexión en la Guerra Civil e incluso, en cierto modo, también a nivel internacional. Para atender al comienzo de las luchas entre anarquistas y comunistas debemos retrotraernos a la I Internacional, cuya fractura fue producto de las luchas internas entre marxistas y bakuninistas –que todavía no *comunistas* y *anarquistas*–. Pero en este caso hablamos, principalmente, de una lucha dialéctica. Hay que esperar a la Revolución Rusa y a la inmediata guerra civil que allí tuvo lugar para poder hablar por primera vez de una verdadera guerra abierta entre comunistas y anarquistas, siendo éstos últimos reprimidos por los primeros hasta su práctica desaparición.

No cabe duda de que la Revolución Rusa fue un hecho excepcional en muchos sentidos, entre ellos, lo fue en la persecución sistemática del anarquismo por parte del bolchevismo. En este sentido, salvo conflictos menores, habría que esperar a los Hechos de Mayo en España para poder volver hablar de una guerra abierta entre los partidarios de ambas ideologías. Si bien ni el contexto histórico ni los actores fueron los mismos, ambos sucesos reflejan el antagonismo exacerbado entre ambas tendencias revolucionarias. Los leninistas primero y sobre todo los estalinistas después, con la ortodoxia como bandera y en pos de la revolución –*su* revolución–, intentaron acabar tanto con los anarquistas como con los marxistas heterodoxos desde 1917 en la URSS y posteriormente allá donde les fue posible, siempre en función de sus propios intereses – cabe recordar el pragmatismo de Stalin en política exterior–.

Parte de la historiografía menos reciente³⁵ tendió a acentuar la importancia del sectarismo comunista en los Hechos de Mayo y a enmarcarlos como un episodio indisociablemente unido a la URSS y a sus intereses allá donde llegara su influencia, ejercida a través de la Komintern y sus comisarios. Los estalinistas, pues, habrían utilizado a los españoles a conveniencia y su único objetivo habría sido expandir el marxismo-leninismo y acabar con cualquier otra forma de revolución. En este sentido, los sucesos que nos ocupan se tratarían de una lucha entablada por la III Internacional contra el anarquismo y/o una lucha de la III Internacional contra la IV Internacional trotskista³⁶, que se perfilaba como la principal corriente de pensamiento contra el marxismo oficial de la URSS. Bajo este prisma no cabe más que añadir que estaríamos

³⁵ Buenos ejemplos son Manuel CRUELLS: “*Mayo sangriento...*” y toda la obra de Pierre BROUÉ, a la sazón militante trotskista.

³⁶ Todavía tenían pleno vigor en la época las aspiraciones de internacionalismo proletario. Era lógico, pues, que cada facción aspirase a aquél a través de su propia internacional: la II para los socialistas, la III para los marxistas comunistas u ortodoxos y la IV para los marxistas disidentes o heterodoxos.

ante un hito en el desarrollo ideológico-social del siglo XX³⁷. Por su parte, la historiografía más actual tiende a ofrecer una explicación multifactorial en detrimento de la influencia directa de la URSS y la Komintern en los Hechos de Mayo. No obstante, es innegable que ésta jugó un importante papel.

Por otra parte, el historiador Miquel Caminal considera que debemos situar el inicio de los Hechos de Mayo de 1937 en julio de 1936, ya que con el comienzo de la revolución a nivel nacional empezaron a perfilarse dos estrategias diferentes que finalmente se mostraron irreconciliables³⁸. Si bien, en mi opinión, es llevar demasiado atrás el inicio, considero, y de ahí el planteamiento que he desarrollado a lo largo de este trabajo, que Caminal acierta al apuntar que los bloques que se acabarían enfrentando estaban ya decididos poco después del golpe militar.

4.1 Abril de 1937: hacia la guerra abierta

Durante estas semanas previas al estallido del conflicto tanto los problemas políticos como los económicos no hacían sino incrementarse, siendo abril un mes especialmente problemático para los antifascistas: hubo enfrentamientos en Madrid, Teruel, Zaragoza, Toledo, etc. La escasez de productos básicos llevó a que las capas populares barcelonesas se organizaran y llevaran a cabo toda una serie de manifestaciones en contra de la carestía en los primeros meses del año. La manifestación más importante fue la que tuvo lugar el 14 de abril, día del aniversario de la proclamación de la República. La postura de los distintos partidos y facciones ante dicho aniversario pone de manifiesto las discordias existentes: anarquistas y poumistas decidieron no apoyar los actos de conmemoración aduciendo que no querían ser partícipes de un acto ligado no sólo a una República burguesa con la que no comulgaban, sino también al poder político institucional que estaba frustrando sus intentos de revolución.

A esta tensión vino a sumarse días después la ocasionada a raíz del asesinato, el 25 de abril, del dirigente ugetista Roldán Cortada. Aunque nunca llegó a conocerse con seguridad la afiliación política de sus verdugos, se apuntó a los cenetistas como los responsables del asesinato³⁹, a pesar de que órganos de su prensa –*Solidaridad Obrera*– y

³⁷ Manuel CRUELLS: *Mayo sangriento...*, pp. 5-6.

³⁸ Pelai PAGÉS: "Reflexiones históricas sobre mayo del 37" en *Los sucesos de mayo...*, p. 63.

³⁹ Rodríguez Salas atribuyó el asesinato a los "incontrolables", un término que se solía utilizar para referirse a anarcosindicalistas que rechazaban la colaboración con el gobierno. La prensa, si bien más implícitamente, también señaló a los anarquistas. Burnett BOLLOTEN: *La revolución española...*, p. 555.

del POUM –*La Batalla*– condenaron la acción. La tensión aumentó todavía más al convertirse su funeral en una demostración del poder estatal, mediante un largo desfile de militares y fuerzas del orden. Fue, en otras palabras, lo que parecía un ensayo de la capacidad represiva del Estado por si alguien –los revolucionarios anarquistas y poumistas– dudaba de dicha capacidad⁴⁰.

En tercer lugar, durante las últimas semanas de abril asistimos, en virtud de las disposiciones de orden público de Aiguadé, a un aumento del número de controles en las calles con el objeto de desarmar a los civiles. Según algunas fuentes⁴¹, trescientos trabajadores fueron desarmados en la última semana de abril. Si la emisión del decreto había sido tomada por los anarquistas como un ataque directo hacia ellos, de igual modo interpretaron ahora este incremento de los controles para el desarme. Las Juventudes Libertarias, los Amigos de Durruti y el POUM, esto es, las facciones más revolucionarias, lo tomaron como un ataque directo y echaron más leña al fuego repartiendo a pie de calle panfletos contra la Generalitat⁴².

El tema del desarme, como vemos, constituyó uno de los puntos críticos de las relaciones entre unas y otras organizaciones. La espiral de violencia que se producía a raíz de este conflicto devino en inevitable, a saber: cuantos más controles llevaban a cabo las fuerzas de seguridad más atacados se sentían los revolucionarios y más recurrían a la violencia, lo que, a su vez, conducía a la Generalitat y los partidos mayoritarios en el gobierno a oponerse aún más a los revolucionarios y su posesión de armas. Fue esta confrontación creciente sobre las armas lo que canalizó la densa red de conflictos y llevó a la ciudad al borde de la lucha callejera⁴³.

4.2 El desarrollo de los Hechos

Llegado este mes, la celebración del Primero de Mayo fue suspendida por miedo a enfrentamientos entre los trabajadores barceloneses. Aquel uno de mayo se vivió una tensión extrema –con conflictos tanto en Barcelona como en otras localidades– que hizo que al día siguiente las direcciones del PSUC y la UGT dieran órdenes a sus militantes de parapetarse en sus locales y en algunos edificios de la ciudad. Los anarquistas, por su parte, habían ocupado ya desde el principio de la guerra algunos emplazamientos clave de la ciudad, como es el caso de Telefónica y Correos.

⁴⁰ Helen GRAHAM: *La república...*, p. 290.

⁴¹ *Idem*.

⁴² Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 79.

⁴³ Manuel CRUELLS: *Mayo sangriento...*, pp. 27-43.

Los hechos se precipitaron el día tres de mayo. El comisario general de Orden Público, Rodríguez Salas, en connivencia con Aiguadé, ordenó el asalto al edificio de la Telefónica. Todos los dirigentes de la Generalitat, excepto los *consellers* de la CNT, apoyaron a posteriori la acción de Aiguadé⁴⁴, y por eso de aquí en adelante me referiré a uno de los bloques como el “gubernamental”. El pretexto del ataque a la Telefónica fue que la CNT no había aceptado al delegado impuesto por la Generalitat, aunque la verdadera razón era la importancia de la Telefónica: desde allí se podían controlar las conferencias telefónicas de los despachos oficiales, y ERC y el PSUC aspiraban a arrebatar dicho poder a la CNT⁴⁵. Durante el asalto, las fuerzas armadas se hicieron con la planta baja pero no pudieron alcanzar los pisos superiores, defendidos por los cenetistas mediante barricadas en el propio edificio. Éstos aguantarían en las plantas superiores hasta el día seis, cuando se rindieron a cambio de no ser detenidos.

Más concretamente la Telefónica estaba en manos del Comité de Control de Telefónica que, compuesto por representantes de la UGT y la CNT y presidido por un delegado de la Generalitat, era un comité legal que cumplía las normas del Decreto de Colectivizaciones y Control de Empresas. Por tanto, si hablamos de un comité conjunto CNT-UGT, ¿por qué los cenetistas se lo tomaron como un ataque directo contra su organización? La respuesta reside, por una parte, en la importancia que tenía precisamente el edificio de la Telefónica, ya que ésta y los transportes públicos eran puntos neurálgicos en la ciudad y, por otra, por cuanto, como ya he indicado, habían sido feudos de los anarquistas.

El conflicto se extendió por todos los barrios obreros rápidamente, y a las pocas horas la ciudad estaba en pie de guerra. Pero no sólo rápida, sino también *espontáneamente*, pues ninguna organización, ni gubernamental ni revolucionaria, dio orden de preparar posiciones para la que sería la primera gran batalla entre antifascistas durante la Guerra Civil. Es más, el conflicto se extendió incluso fuera de la ciudad ya que también fueron ocupados los edificios de la Telefónica de Lérida, Gerona y Tarragona, entre otros. El porqué de la espontaneidad del conflicto debemos buscarlo en el antagonismo entre dos concepciones de cómo afrontar la guerra y la revolución, pero, sobre todo, en el hecho de que cada bando salió a defender lo que consideraba suyo: bien la propiedad privada, bien la revolución. Elocuentes son, en este sentido, las palabras de un testigo ocular anarquista:

⁴⁴ Ángel Viñas considera que es harto improbable que *al menos* Companys no lo supiera de antemano y no hubiera amparado dicha orden. Ángel VIÑAS: *El escudo de la República...*, p. 495.

⁴⁵ Burnett BOLLOTEN: *La revolución española...*, p. 560.

Hay deseo de bajar al centro de la ciudad y hacer tabla rasa de los que quieren repetir la provocación fascista del 19 de julio. Lo que se quiere es estrangular la revolución, destruir las conquistas ya hechas por los trabajadores revolucionarios y restablecer la república democrática burguesa. Para conseguir este fin hay que provocar a los anarquistas a un conflicto, declararlos enemigos del gobierno del “frente popular”, destruir sus organizaciones [...] y ahogar en sangre la marcha hacia delante de los trabajadores revolucionarios españoles⁴⁶.

Esa primera noche las distintas organizaciones se dedicaron a preparar la lucha – tomar posiciones estratégicas, repartir armas entre sus militantes, etc.–, mientras que al día siguiente los obreros proclamaron una huelga general⁴⁷ y levantaron barricadas por media ciudad. Fue la intransigencia de los partidos a los que la CNT pidió la destitución inmediata de Rodríguez Salas y Aiguadé –que hicieron caso omiso– la que provocó la huelga general seguida del estallido de las hostilidades⁴⁸.

Los dos bandos enfrentados, como he señalado con anterioridad, estaban ya formados de antemano, en virtud de su ideología política y su distinta concepción de la revolución. Por un lado luchaban CNT-FAI, POUM, los sectores ugetistas más revolucionarios y buena parte de las Patrullas de Control; por otro, ERC, PSUC, ugetistas moderados, Unió de Rabassaires y las fuerzas de seguridad excepto las Patrullas. Cabe destacar que la opinión pública se posicionó mayoritariamente a favor del bloque gubernamental debido, entre otras cosas, a las coacciones con las que CNT y FAI habían llevado a cabo sus propósitos revolucionarios⁴⁹.

El bloque revolucionario pronto se hizo fuerte en los distritos obreros de la periferia de Barcelona y en barrios como Sants o Gracia, zonas que Helen Graham denomina “la Barcelona de los parias”⁵⁰. El bloque gubernamental, por su parte, se adueñó principalmente del centro de la ciudad. En cuanto al número de efectivos, las cifras que los historiadores han ofrecido a lo largo de los años son muy variables. En nuestro caso voy a seguir la cifra de unos 7000 hombres revolucionarios vs. 5000

⁴⁶ *Cultura Proletaria*, 12 de junio de 1937.

⁴⁷ Según Pierre Broué, la huelga general, en la que participaron cientos de miles de obreros, fue el hecho más importante de los sucesos de mayo. Pierre BROUÉ: “Guerra civil en la guerra civil” en *Los sucesos de mayo...*, p. 29.

⁴⁸ José PEIRATS: *La CNT...*, tomo II, p. 192.

⁴⁹ Gema IGLESIAS: *La propaganda política...*, p. 179.

⁵⁰ *Cf.* p. 30.

gubernamentales propuesta por Manuel Aguilera en virtud de su propio trabajo de archivo, comparado, además, con informes soviéticos⁵¹.

El cuatro de mayo los enfrentamientos aumentaron notablemente respecto al día anterior. El hecho más destacado de este día fue una gran ofensiva de los anarquistas en la que, a costa de muchas bajas, conquistaron importantes posiciones, sobre todo en el extrarradio. Tanto fue así que al final del día toda la ciudad estaba en manos de los revolucionarios menos el centro. Una vez que los cenetistas se afianzaron en sus posiciones, su acción fue de carácter defensivo, y esto disgustó a los dirigentes del POUM, quienes intentaron convencer a los dirigentes regionales de la CNT de que apoyaran la lucha. El POUM, en tanto que partido minúsculo en Barcelona –su fuerza residía en la *provincia* de Barcelona, no en la capital–, adolecía de una escasa capacidad organizativa, y ello le impedía asumir por sí solo un papel relevante en la lucha. Y no sólo por esto intentaba Andreu Nin, líder del POUM, una acción conjunta con los anarquistas, sino también porque pensó que su unión podría favorecerles ante una posible futura represión⁵².

Sin embargo, cuando quedó claro que los dirigentes de la CNT no darían su apoyo⁵³, Nin rechazó aprobar acciones armadas conjuntas con la militancia cenetista. Esto se contrapone con la visión de alianza sin matices que dan sobre el bloque CNT-POUM⁵⁴ muchos autores. Vemos, pues, que las fuerzas del bloque revolucionario luchaban por lo mismo⁵⁵ pero existía una mayor heterogeneidad –especialmente entre dirigentes de la CNT y sus bases– que en el bando gubernamental.

La violencia en las calles llevó al Gobierno catalán a deliberar con las direcciones nacional y regional de la CNT. Todas las organizaciones del bando gubernamental radiaron notas poniéndose a las órdenes del gobierno de la Generalitat a fin de combatir a los sublevados. En cuanto a sus adversarios, ya al atardecer del día anterior CNT-FAI había publicado una nota conjunta instando a sus afiliados a retirarse de las calles y dejar

⁵¹ Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 91.

⁵² Helen GRAHAM: *La república...*, p. 298.

⁵³ Según Ferrán Gallego, los esfuerzos de pacificación de la dirección cenetista estaban orientados a ganarse a la UGT. Ferrán GALLEGU: *Barcelona...*, p. 357.

⁵⁴ Al principio de la guerra incluso habían rivalizado directamente por diversas cuestiones. Principalmente, los cenetistas se habían sentido molestos por la política de Nin al frente de la *conselleria* de Justicia de la Generalitat, y los poumistas habían criticado a los cenetistas por sus excesos en la realización de colectividades. Helen GRAHAM: *La república...*, p. 259.

⁵⁵ Verdaderamente el POUM deseaba acabar con el gobierno de la Generalitat y sustituirlo por un Consell formado exclusivamente por los revolucionarios catalanes, pero sus pretensiones sucumbieron fruto de su soledad en conseguirlas. No obstante, su mera pero constante manifestación daría al Gobierno, como luego veremos, legitimidad en su represión hacia el POUM. Ferrán GALLEGU: *Barcelona...*, p. 590.

la lucha, pero las acciones de los dirigentes cenetistas el día cuatro buscaron ya *desesperadamente* el fin del conflicto: el anarquista García Oliver, a la sazón ministro de Justicia, radió desde la Generalitat un llamamiento al alto el fuego. Los obreros, incrédulos ante las palabras de García Oliver, no sólo hicieron caso omiso a esa y otras llamadas al fin de la violencia sino que se sintieron traicionados por sus dirigentes⁵⁶.

A pesar de que los afanes de lucha fueran compartidos, en general, por todo el bando revolucionario, sin duda los principales agitadores fueron los Amigos de Durruti, quienes pasaron a entregar octavillas propagandísticas contra la propia CNT y a predicar la radicalización revolucionaria de la lucha. Entre los poumistas, en cambio, prevalecía un sentimiento de desolación mezclado con pasión: el primero fruto de que no tenían esperanzas de ganar, el segundo, de que consideraban que estaban haciendo lo que debían hacer. Son significativas en este sentido las palabras de George Orwell, presente en Barcelona durante los Hechos de Mayo: “Los que estuvieron entonces en contacto personal con los dirigentes del POUM me han dicho que en realidad estaban desolados ante la situación, pero consideraban que debían asociarse a ella”⁵⁷.

El gobierno de la Generalitat, consciente de que quizás no pudiera pacificar la ciudad él solo, había solicitado desde el primer momento un envío de tropas al Gobierno central; una petición que había sido rechazada el día tres por Ángel Galarza, ministro de Gobernación, aconsejado por el presidente, Largo Caballero. Éste, en su lucha política con los comunistas, esperaba que la lucha terminara sin la intervención del gobierno central porque no quería fortalecer a sus oponentes en Cataluña enviando refuerzos a la región⁵⁸. Pero finalmente, tras la presión del consejo de ministros, comunicó a Companys, el *president*, que enviaría las tropas y que el Gobierno central procedería a hacerse cargo del Orden Público en Cataluña, lo que se haría efectivo al día siguiente.

El día cinco la situación había empezado a volverse contra los revolucionarios. La lucha aquella jornada se caracterizó por el ataque a los emplazamientos vitales de las organizaciones contrarias, lo que llevó a que éste fuera el día más sangriento. En ese clima de violencia fueron asesinados Berneri, Barbieri y uno de los hermanos Ascaso, los dos primeros famosos en el proletariado internacional y todos ellos anarquistas. Pero la

⁵⁶ Esta dicotomía proviene ya desde el momento en que algunos dirigentes anarquistas accedieron al Gobierno como ministros; dirigentes que prefirieron, según Julián Casanova, no dejar los mecanismos de control del aparato estatal en manos de las restantes organizaciones políticas. Frente a aquellos están los anarquistas puros que no comulgaban con esta idea, que fueron los mismos que, marginados de los centros de decisión, acabaron muertos o derrotados en las barricadas barcelonesas de 1937. Julián CASANOVA: *De la calle al frente...*, pp. 177-178.

⁵⁷ George ORWELL: *Homenaje a Cataluña*, p. 208.

⁵⁸ Burnett BOLLOTEN: *La revolución española...*, p. 566.

muerte que más repercusión tuvo fue la de Antoni Sesé, secretario de la UGT catalana, no se sabe por quién, cuando iba a tomar posesión como *conseller* en el nuevo gobierno de la Generalitat. La crítica situación en la calle había hecho al gobierno catalán tomar la decisión de formar un nuevo gobierno, provisional, con representantes de las mismas organizaciones que habían participado en el anterior. Cabe destacar que la renovación de *consellers* cenetistas en ese nuevo gobierno es una muestra más de la disociación que mostró la CNT durante todo el conflicto entre sus bases y sus dirigentes.

Cuando se hizo efectivo este nuevo gobierno, Aiguadé fue cesado y el orden público quedó en manos del Gobierno central. Así, las primeras órdenes del ministro Galarza fueron el envío de un contingente de guardias de asalto hacia Cataluña y la destitución de Rodríguez Salas. Probablemente fue el asesinato de Sesé, más que ningún otro incidente, lo que precipitó definitivamente la intervención política del Gobierno central en un contexto en el que la constante violencia en la calle ponía de manifiesto el peligro que corría la autoridad del Estado⁵⁹.

Durante el día seis asistimos a un punto de inflexión en los hechos: es el primer día en el que se aprecian más muestras de paz que de guerra. Los enfrentamientos, poco a poco, fueron disminuyendo, al tiempo que el bando gubernamental comenzaba ya a imponerse. Las llamadas a la paz eran constantes tanto desde la prensa como desde partidos y sindicatos. En este sentido, todas las organizaciones antifascistas excepto el POUM firmaron la siguiente condena de los hechos:

Consideramos un crimen, una traición a la causa del antifascismo, toda provocación, toda actividad encaminada a producir diferencias, recelos, y hasta luchas armadas entre los trabajadores antifascistas. El enemigo, el fascismo, está enfrente y ni una sola de nuestras energías puede ser desperdiciada⁶⁰.

En este contexto de llamada al fin de la lucha interna y la unidad ante el enemigo común asistimos al comienzo de la represión contra el bando revolucionario, si bien en estos momentos era relativamente sutil. Por ejemplo, era un fenómeno habitual la rotura de carnets de anarcosindicalistas en los controles establecidos por la ciudad. Los dirigentes de la CNT intentaban realizar gestos de buena voluntad para evitar dicha represión –dio orden de liberar a todos los presos, entre otras cosas–, pero sus acciones de poco sirvieron.

⁵⁹ Helen GRAHAM: *La república...*, p. 305.

⁶⁰ Reproducido en Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 147.

El día siete llegó al fin el cese de los enfrentamientos. Al alba, cenetistas y poumistas comenzaron a desmontar sus barricadas, y por la noche abandonaron definitivamente la lucha. La ciudad volvió a una normalidad casi total. De aquí en adelante, salvo escasas excepciones, todos los enfrentamientos que tuvieron lugar fueron consecuencia de la represión. El fin de las hostilidades fue consensuado y se llegó a un acuerdo por el cual no habría ni vencedores ni vencidos. Huelga decir que en la práctica los revolucionarios se sentían humillados y los gubernamentales victoriosos⁶¹. Había llegado el fin de las barricadas físicas, pero no de las ideológicas.

Los hechos acaecidos en Barcelona tuvieron su réplica en varias localidades, aunque los conflictos más destacados tuvieron lugar en Tarragona, Tortosa y en la comarca de Vic. En Tarragona y Tortosa las fuerzas de orden público también asaltaron la Telefónica, pero en ninguno de los dos casos hubo que lamentar víctimas mortales. Sin embargo, en los tres sitios los anarquistas y sus locales fueron atacados, y es ahí donde se produjo el grueso de los enfrentamientos. Además, en los pueblos de Vic, quizás porque la gente se conoce más, la represión posterior fue mayor y más cruenta en proporción a la de Barcelona. Es significativo que no fue donde predominaban poumistas y anarquistas donde hubo problemas, sino donde lo hacían ERC y el PSUC.

Por lo que respecta a las víctimas, los Hechos de Mayo fueron un descalabro para los anarquistas, tanto políticamente como en número de bajas: sufrieron más del doble de víctimas mortales que sus adversarios. Si contamos las víctimas consecuencia de estos hechos o de su inmediata represión, tanto en Barcelona como en otras localidades catalanas, el número de fallecidos asciende a 279, según el registro civil y otras fuentes⁶².

4.3 Responsabilidades y valoración de los Hechos

Nos encontramos en el apartado más delicado del trabajo: dado lo ideologizado y partidista que fue este conflicto, comentar las responsabilidades lo considero tan arriesgado como necesario. Sin embargo, lejos de adoptar el papel de juez, voy a tratar de hacer un comentario sobre el papel de cada organización en virtud de la historiografía. Dicho esto, lo primero que debemos tener en cuenta sobre los sucesos que nos ocupan es que, por extraño que pueda parecer, *ninguna* organización quiso realmente provocar la pequeña guerra que se vivió durante los Hechos de Mayo. Por una parte, todos esperaban que las tensiones que se venían acumulando desde hacía meses estallaran en algún tipo

⁶¹ Manuel CRUELLS: *Mayo sangriento...*, p. 77.

⁶² Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 168.

de conflicto –más allá del pistolero–; por otra, nadie, ni en la Generalitat ni en las calles, esperaba la intensidad de la explosión popular que se produjo los días tres y cuatro de mayo. Esto debemos ponerlo en relación, como ya he explicado, con que fuera un estallido de violencia *espontáneo*. Buena muestra de ello es que ninguna organización había tomado precauciones extraordinarias, por ejemplo llevando tropas a Barcelona los días previos a los Hechos.

Aclaradas estas cuestiones, voy a hacer un breve comentario sobre el papel que jugó cada organización. El PSUC, a pesar de la psicosis que él mismo había contribuido a provocar entre los barceloneses, parece que en aquel momento no tenía interés en que se produjese la lucha armada, o, cuando menos, no le interesaba tener la responsabilidad del acto que la originara⁶³. Viñas coincide con esta visión, y considera que no tiene sentido hablar de una actividad conspirativa del PSUC para desencadenar los Hechos de Mayo debido a que no habían trabajado lo suficiente para oponerse a la labor de CNT y POUM⁶⁴. Pagés, sin embargo, opina lo contrario basándose en que fue la única organización que sacó beneficios de los hechos⁶⁵. Yo prefiero quedarme con el punto intermedio de que, si bien es cierto que el PSUC sacó muchos beneficios, y desde luego le interesaba el enfrentamiento, en ningún momento planeó algo de tal magnitud. Asimismo, Pagés achaca a este partido la intolerancia respecto a otras corrientes antifascistas, lo cual, sin duda, es cierto.

Podemos plantear una interpretación similar sobre el papel que los comunistas de Moscú llevaron a cabo en los Hechos de Mayo. A pesar de que Moscú estaba muy interesado en un cambio de dirección política en Cataluña, con las pruebas encontradas hasta hoy en los archivos es muy aventurado afirmar que los soviéticos deseaban la lucha en Barcelona y que la organizaran a través de sus servicios secretos⁶⁶.

Sobre los anarquistas, si algo se le puede achacar de entrada a la CNT son los excesos revolucionarios de algunos de sus componentes y en su nombre, con los que gran parte de la población no estaba de acuerdo. Pero una vez hablamos de los hechos hay que distinguir, como ya he explicado, entre la responsabilidad de la militancia y la de la dirigencia. Sin duda fue la primera la culpable, junto con la psuquista y la poumista, del conflicto que aconteció en Barcelona estos días, pues hizo caso omiso a los dirigentes cenetistas cuando éstos suplicaban el cese de las hostilidades. Todavía después de los

⁶³ Manuel CRUELLS: *Mayo sangriento...*, p. 45.

⁶⁴ Ángel VIÑAS: *El escudo de la República...*, p. 518.

⁶⁵ Pelai PAGÉS: "Reflexiones históricas...", p. 67.

⁶⁶ Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 85-87.

Hechos de Mayo, no obstante, seguía vivo en los anarquistas el espíritu revolucionario, por mucho que en la práctica la revolución estuviera ya en aras de ser algo del pasado. Por ejemplo, el 18 de mayo el periódico anarquista *Castilla Libre* seguía ofreciendo en sus páginas los mismos argumentos sobre la necesidad, en concordancia con su ideología, de la revolución:

¿Por qué luchamos? Por aplastar al fascismo. Pero, ¿es que el aplastamiento del fascismo no tiene que traer, como consecuencia una nueva escuela para nosotros? ¿Pero es que nos vamos a conformar con hacer que vuelvan los militares a sus cuarteles, que los banqueros vuelvan a sus bancos, que los grandes terratenientes vuelvan a sus tierras? Precisamente nos levantamos para impedirlo⁶⁷.

Por lo que respecta al POUM, Pagés acierta al decir que su principal pecado fue llevar a cabo una política izquierdista ajena a la realidad⁶⁸. Viñas, en esta misma línea, no sólo tacha a los poumistas de esto mismo sino también de narcisistas. Parecía que para los poumistas ni el contexto internacional ni la situación del enemigo fascista importaran para la guerra: sólo el proletariado revolucionario era relevante⁶⁹. El siguiente texto de Nin ejemplifica esa crítica a la perfección:

Y que nadie se deje impresionar por el argumento de que la lucha por la revolución socialista en la retaguardia favorece los planes del enemigo en el frente. Al contrario, sólo una política revolucionaria audaz, inequívocamente socialista, en la retaguardia, es capaz de dar a los combatientes el valor y la fuerza moral que les hará invencibles y de organizar la economía y las industrias de guerra con la eficiencia necesaria para obtener una rápida y aplastante victoria militar⁷⁰.

De estas palabras, y en general de la actuación del POUM, extraemos la conclusión de que los poumistas no fueron sólo contra el PSUC y sus aliados en los Hechos de Mayo, sino también, en general, contra el Frente Popular y la misma República. Así, los poumistas suministraron sobrados argumentos a la represión legal que poco después se abatió sobre ellos. En vista de este hecho y de que, además, el POUM se vanagloriara de los Hechos de Mayo –a diferencia de la CNT–, Viñas considera que a la República no le quedó opción⁷¹.

⁶⁷ *Castilla Libre*, 18 de mayo de 1937, p. 2.

⁶⁸ Pelai Pagés: "Reflexiones históricas...", p. 67.

⁶⁹ Ángel VIÑAS: *El escudo de la República...*, p. 587.

⁷⁰ Andreu NIN: *La revolución...*, p. 238.

⁷¹ Ángel VIÑAS: *El escudo de la República...*, p. 588.

De ERC, por último, cabe destacar únicamente que actuó subordinada al PSUC y siempre en busca de la legalidad republicana⁷².

En segundo lugar, cabe hacer un breve comentario sobre el significado de los Hechos a modo de conclusión. No es casualidad que este estallido se diera en Cataluña: fue así debido a que la hegemonía cenetista y la presencia significativa de los poumistas habían impulsado en esta región, más que en ninguna otra, el proceso revolucionario; proceso que, recordemos, era rechazado por todo el resto de organizaciones políticas. También contribuyeron a esa tensión causas tanto demográficas -la alta densidad de población- como causas económicas, y es que se había desatado una lucha encarnizada por el control de la importante producción industrial barcelonesa. Así pues, este conflicto puso a la Generalitat y los defensores de las instituciones estatales contra aquellos que se oponían a la jurisdicción del Estado.

También es importante el concepto de “Barcelona de los parias” al que alude Graham para entender la naturaleza del estallido espontáneo de violencia. La fuerza de la explosión de los Hechos únicamente es entendible si se tiene en cuenta la conexión entre la “Barcelona de los parias” y la CNT. Nadie mejor que ella para explicarlo:

Mientras que la aparición de las barricadas constituyó un acto de lucha política consciente, la acción directa de la CNT influyó también en formas más amorfas de resistencia popular. La CNT estaba funcionando, una vez más, como un hilo conductor en los barrios pobres del centro de Barcelona, transformando tanto la historia compartida de persecución como la conexión entre la acción del Estado (orden público, abastecimiento y demás) y la brutalidad de la vida cotidiana que percibían los sectores marginados de la ciudad en un apoyo generalizado a la acción callejera como protesta activa contra el Estado. A esto fue a lo que se enfrentaron la Cataluña gubernamental y sus fuerzas de orden público en el centro de Barcelona el 4 de mayo⁷³.

En definitiva, podemos concluir que los Hechos de Mayo fueron una rebelión urbana dirigida contra el poder del Estado que, si bien estuvo dirigida por las fuerzas revolucionarias, no canalizó únicamente la fuerza de los partidarios de la revolución sino también hubo un fuerte componente de rechazo político al Estado.

⁷² Pelai Pagés: “Reflexiones históricas...”, p. 70.

⁷³ Helen GRAHAM: *La república...*, p. 291.

4.4 Las consecuencias de los Hechos

I) La caída de Largo Caballero y la llegada de Negrín a la presidencia

Las consecuencias políticas de los sucesos que nos ocupan se hicieron notar no sólo en Cataluña sino también en el Gobierno central. Los hechos se precipitaron en un consejo de ministros muy enconado. Durante la celebración de éste el día trece de mayo los dos ministros comunistas, Jesús Hernández y Vicente Uribe, atacaron a Largo Caballero por mostrar pasividad al comienzo de los Hechos de Mayo. El presidente rechazó de pleno haber cometido cualquier error. Además, los comunistas exigieron la disolución del POUM por considerarlo el responsable de lo ocurrido, pero Largo Caballero se negó, pues, aunque no mostraba simpatía alguna hacia dicho partido, era reacio a ser el responsable de una acción del Estado contra un partido de izquierda⁷⁴. Hernández y Uribe se sintieron ofendidos y abandonaron la sala.

Así las cosas, Largo Caballero esperaba que tras esta crisis Manuel Azaña, presidente de la República, le permitiera formar un gabinete sin contar con el PCE, pero eso no fue posible. La cuestión está en que Largo Caballero era también el ministro de guerra, y, si bien muchos políticos republicanos sabían que su papel como presidente era en cierto sentido fundamental⁷⁵, no se tenía la misma opinión de él en tanto que ministro de guerra⁷⁶. Su rechazo absoluto a la posibilidad de renunciar a su control sobre este ministerio imposibilitó negociar con el PCE. El verdadero artífice, no obstante, de la crisis fue su propio partido, el PSOE, por medio del histórico dirigente socialista y oponente de Largo Caballero, Indalecio Prieto. Éste, junto con los otros dos ministros del PSOE (Negrín y De Gracia) se solidarizaron con los comunistas y presentaron su dimisión. Era una maniobra política, en un contexto propicio, para acabar con Largo Caballero⁷⁷.

Una vez que Largo Caballero asumió que carecía de apoyo político, presentó su dimisión el día 17 de mayo. Azaña se vio entonces en la situación de proponer un nuevo presidente del Gobierno. No podía ser un republicano, por el escaso poder con el que contaban los partidos republicanos en este momento, ni tampoco un comunista, por los conflictos políticos que habría generado; debía ser, a la fuerza, un político socialista. Quien finalmente ostentaría ese reto, previa proposición de Azaña, fue Juan Negrín, que formó un gobierno sin la CNT, lo que reforzó al PSOE y el PCE.

⁷⁴ Burnett BOLLOTEN: *La revolución española...*, pp. 600-601.

⁷⁵ Cf. p. 12.

⁷⁶ Ángel Viñas, *El escudo de la República...*, p. 483.

⁷⁷ Pelai PAGÉS: "Reflexiones históricas...", p. 72.

Cabe añadir que no fue únicamente el Gobierno central el que quedó afectado por la crisis política que supusieron los Hechos de Mayo, sino también la Generalitat. Como ya hemos visto, la Generalitat perdió la Consellería de Defensa y la de Orden Público, por lo que carecía de toda capacidad de coerción sobre su territorio. Por si fuera poco, la política centralista de Negrín cercenaría aún más la iniciativa política de este órgano autonómico. Esto favoreció al PSUC y perjudicó a ERC, que antaño había sido la principal organización política pero ahora se mantendría en el poder sólo por la inercia o conveniencia comunista⁷⁸.

II) La represión contra CNT y POUM

“Yo vislumbraba ya que cuando terminara la lucha todos los reproches serían para el POUM, que era la parte más débil, y, por consiguiente, la cabeza de turco ideal”⁷⁹, dice George Orwell en *Homenaje a Cataluña*. Y no se equivocaba. Los Hechos de Mayo supusieron la muerte de la revolución española a través de la represión que experimentaron sus dos principales defensores, el POUM y la CNT. Ambas organizaciones quedaron convalecientes, si bien la primera de ellas no consiguió sobrevivir a las luchas antifascistas.

En un apartado anterior ya he adelantado que la represión contra los cenetistas llegó incluso antes del cese de las hostilidades. Cuando el bando gubernamental se fue imponiendo al revolucionario se empezaron a realizar numerosos controles aleatorios en la calle, que tenían la finalidad de desarmar y humillar a los revolucionarios. Pero la verdadera represión vino con la llegada de miles de miembros de las fuerzas del orden, enviadas por el Gobierno central con el único objetivo de garantizar en Barcelona el orden político que ERC, el PSUC y las clases medias catalanas habían buscado reconstruir desde el estallido revolucionario tras el golpe de Estado.

Las fuerzas enviadas por el Gobierno desde Valencia participaron a su paso en incontables actos contra los anarquistas: ataques simbólicos, como la quema de banderas confederales, pero también directos, como incendios de locales de la CNT. La situación no fue mejor en los pueblos catalanes, donde grupos de guardias ayudados por comunistas también arrasaron las sedes anarquistas de varias localidades. Un último golpe para los anarquistas fue la disolución de las Patrullas de control, la policía revolucionaria dirigida por los anarquistas formada tras el golpe de Estado. La ocasión llegó a raíz de un enfrentamiento de las Patrullas con las fuerzas de seguridad del Estado

⁷⁸ Manuel CRUELLS: *Mayo sangiento...*, pp. 98-100.

⁷⁹ George ORWELL: *Homenaje a Cataluña*, p. 183-184.

en Barcelona el cuatro de junio. Y es que esta policía revolucionaria se había ganado la antipatía de la burguesía y de buena parte del campesinado por defender las colectivizaciones.

Pero las consecuencias de los Hechos para la CNT no sólo comprendieron la represión social, sino también la política. Se produjo una conciliación entre el gobierno republicano y los dirigentes cenetistas –que recordemos que habían estado totalmente desligados de sus bases–, cuya subordinación política, además, aumentó al agravarse las divisiones en las propias filas anarquistas tras la debacle que supusieron los Hechos de Mayo⁸⁰. Pero lo más importante fue la salida del Gobierno de los ministros cenetistas, que habían participado de él desde noviembre de 1936, y hasta varios meses después no volvió a haber presencia de la CNT en el Gobierno. En cuanto a la Generalitat, la CNT también acabó siendo desplazada por el resto de fuerzas políticas. Los confederales sólo mantuvieron desde entonces la dirección política de muchos ayuntamientos catalanes y, por poco tiempo, la del Consejo de Aragón.

Por lo que respecta al POUM, la represión que sufrió fue sustancialmente diferente a la de la CNT en tanto que la dirigida contra ésta fue hacia sus bases, mientras que la que experimentó el POUM afectó especialmente a su cúpula dirigente –incluyendo el asesinato de Andreu Nin–. El POUM se convirtió en el chivo expiatorio de los Hechos de Mayo. Las descalificaciones que este partido había recibido en los meses anteriores no hicieron sino allanar el camino. Su debilidad organizativa y su escaso número de militantes –al menos en comparación con otros partidos– lo convirtieron en el blanco perfecto de sus adversarios políticos, pero la clave reside en su carácter de partido comunista no estalinista. El ataque ideológico contra la disidencia antiestalinista provenía de la URSS y la Komintern, pero en la práctica fueron los propios comunistas españoles los que llevaban fraguando durante meses la aniquilación del POUM.

En estos meses la prensa comunista no cejó en sus ataques al POUM, a quienes se acusaba de “agentes del fascismo internacional”. El PCE incluso elaboró un informe sobre la colaboración del POUM con Franco en el que aseguraba que había “datos irrefutables” de que había provocado los Hechos de Mayo “de acuerdo con agentes de la Gestapo y la OVRA italiana”, a pesar de que las pruebas que aportaron serían

⁸⁰ Helen GRAHAM: *La república...*, p. 308. Buen ejemplo de ello fue la radicalización de los Amigos de Durruti y otras facciones de radicalismo revolucionario dentro de la CNT.

consideradas irrisorias hoy en día⁸¹. Huelga decir que la única organización que defendió al POUM fue la CNT, sin resultados.

El día 28 de mayo fue prohibida *La Batalla*, órgano del POUM, y se inició el proceso de destrucción del partido, aunque continuó su actividad en la clandestinidad hasta abril de 1938. La Dirección General de Seguridad de la República ordenó proceder al arresto de los dirigentes poumistas, lo que dio inicio a un proceso judicial contra este partido que no acabaría hasta octubre de 1938. El resultado fue la condena de los principales dirigentes del POUM, como Gorkin o Andrade, pero no por alta traición y espionaje como pedía la fiscalía. Este proceso era fundamental para la política internacional de Negrín, pues si quería conseguir apoyos debía dar muestras de un proceso judicial adecuado y con garantías.

Una última muestra del quebrantamiento de la promesa de Companys, aquella de que no habría vencedores ni vencidos, fue que las cárceles republicanas comenzaron a abarrotarse de cenetistas y poumistas tras los Hechos de Mayo. Godicheau, que ha trabajado el tema de la represión del POUM, ha contabilizado casi 4000 presos antifascistas sólo en Cataluña, de los cuales el 90% eran cenetistas y únicamente el 4% del POUM⁸². El porqué de esto se entiende, como ya he explicado, teniendo en cuenta que la represión a la CNT afectó a su masa militante y la del POUM a su cúpula dirigente.

⁸¹ Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 193-194.

⁸² François GODICHEAU: "Los hechos de mayo...", p. 43.

5. La etapa Negrín: la disolución del Consejo de Aragón y la “tregua” antifascista

La etapa que comienza tras la llegada a la presidencia del doctor Juan Negrín se muestra sustantivamente diferente a la anterior. En primer lugar, existe poca divergencia en la opinión de que Negrín fue mejor presidente que Largo Caballero, o, cuando menos, en que supo adaptar mejor sus políticas a las necesidades de la guerra. Su objetivo principal fue, ante todo, *resistir* –recordemos el lema de “resistir es vencer”–, y para ello bregó durante todo su mandato. La principal consecuencia de dicho objetivo en materia de política interior fue la centralización. Consideraba que sólo bajo la dirección de un Gobierno fuerte y unido se podría hacer frente a la guerra. Esto le llevaría, entre otras cosas, a acabar con el Consejo de Aragón. A este mismo propósito responde su denodado esfuerzo en mantener unas buenas relaciones con el resto de democracias occidentales: resistir sería vencer en el sentido de que, a juicio de Negrín, el resto de países, tarde o temprano, debería intervenir en la guerra de España porque pronto podría estallar ésta también en Europa entre el fascismo y las democracias.

En segundo lugar, por lo que respecta al tema que ocupa a este trabajo, también asistimos a una coyuntura totalmente distinta. El estallido de mayo de 1937 supuso el fin, al menos en gran parte, de la escalada de tensiones antifascistas que se venían produciendo desde el mismo julio de 1936 –si no antes–. Así, Cataluña quedó pacificada y el sueño revolucionario de anarquistas y poumistas murió en favor del orden liberal, que volvió a imponerse. La etapa que va desde el fin de los Hechos de Mayo hasta finales de 1938-principios de 1939 se caracterizó por una relativa paz, por una “tregua” antifascista. Sin embargo, hubo un último escollo antes de que llegara la tregua: los conflictos sucedidos a tenor de la disolución del Consejo de Aragón.

Esto mismo condiciona la estructura de este trabajo en tanto que bajo este mismo epígrafe considero oportuno agrupar los sucesos que van entre los dos mayores picos de violencia antifascista: los Hechos de Mayo y la sublevación del coronel Casado.

5.1 La disolución del Consejo de Aragón

Los Hechos de Mayo abrieron la veda de la ofensiva contra el poder de la CNT: derrotada en Cataluña, el siguiente paso era disolver el Consejo de Aragón, órgano formado mayoritariamente por anarquistas que regía ahora el este de la región. El Consejo, presidido por Joaquín Ascaso, era el último reducto anarquista de la península. Pero lo sería por poco tiempo.

Ante la unificación en la zona franquista, primero militar, y ahora política e ideológica –con el Decreto de unificación de abril de 1937–, los franquistas sacaban notable ventaja en ese aspecto. Negrín debía hacer lo propio. Y no sólo la comparativa con la zona sublevada le animó a ello, sino, y sobre todo, la pérdida de Vizcaya. No cabía mantener la discordia interna, y sólo un régimen fuerte, con un único mando político y militar, podría, *tal vez*, invertir la tendencia en la guerra. Tal como decía el propio texto del decreto de disolución, “las necesidades morales y materiales de la guerra exigen de una manera imperiosa ir concentrando la autoridad del Estado⁸³”. Ello implicaba continuar el proceso de paulatino reforzamiento del Ejército Popular y liquidar los restos de la anomia institucional que subsistían. Por ello, la política de Negrín iba en contra de la misma existencia del Consejo de Aragón.

Mientras que Largo Caballero había legitimado implícitamente el Consejo de Aragón, Negrín simplemente lo ignoró, negándose a responder ninguna petición sobre la clarificación de su estatus. En este sentido, la primera “comunicación” del Gobierno de Negrín con el Consejo de Aragón fue el envío de tropas en agosto para proceder a su disolución. Cabe destacar que el decreto de disolución estaba firmado por Azaña ya desde el día 12 de julio, pero pidió que por el momento no se publicara, pues entonces estaba teniendo lugar la batalla de Brunete, y el presidente no quería generar un nuevo conflicto en esos momentos de gravedad bélica⁸⁴.

En cuanto al porqué de la disolución del Consejo, existen dos motivos más aparte del que ya hemos visto. En primer lugar, la necesidad de activar el frente del este en un intento de aliviar la presión de la ofensiva franquista contra Asturias, que era, en estos momentos, lo único que quedaba del norte republicano. En segundo lugar, otro objetivo del Gobierno era aumentar la producción agrícola aragonesa ya que algunas de las zonas más populosas, como Barcelona, se estaban quedando sin alimentos. Esto deja implícito que el Gobierno consideraba que las colectivizaciones habían hecho que bajara la producción. Pero si bien puede haber algo de esto, lo cierto es que el este de Aragón nunca había tenido tierras lo suficientemente productivas como para servir de granero de emergencia a la España urbana republicana⁸⁵.

Pasamos ahora a ver más detenidamente cómo se llegó a la disolución del Consejo. Ante todo, hay que decir que, si bien Negrín fue el ejecutor oficial de la disolución, el PCE llevaba tiempo tratando, mediante “trabajo de campo”, de que la CNT

⁸³ Reproducido en José PEIRATS: *La CNT...*, vol. II, p. 277.

⁸⁴ Ángel VIÑAS: *El escudo de la república...*, p. 585.

⁸⁵ Helen GRAHAM: *La república...*, pp. 339-340.

perdiera su poder y su trama organizativa también en Aragón. A partir de mayo de 1937, el PCE y el resto de organizaciones contrarias a la colectivización intensificaron su campaña de críticas. Acusaban al Consejo de saqueos, asesinatos, espionaje, bandidaje, etc., importándoles poco que esos hechos fueran cada vez menos habituales y que sus responsables no estuvieran tanto en el Consejo cuanto en grupos aislados. Incluso, para echar más leña al fuego, realizaban informes en los que a vecinos fusilados de filiación derechista los etiquetaban como antifascistas víctimas del desorden cenetista⁸⁶.

Tras esta campaña contra el Consejo, el primer paso fue la reunión de las organizaciones antifascistas gubernamentales en Barbastro el 11 de mayo, que decidieron plantarse hasta conseguir la disolución de aquél. Los comunistas incluso pedían acabar con el colectivismo a “pistolazo limpio”⁸⁷. Vicente Uribe, desde el ministerio de agricultura, los apoyó emitiendo una disposición por la cual legalizaba únicamente las colectividades agrícolas llevadas a cabo en las fincas de los sublevados. Así, la mayoría de las poco más de trescientas colectividades aragonesas fueron declaradas ilegales. El segundo paso fue la movilización de varias divisiones del Ejército para proceder a la disolución del Consejo, que sería dirigida por Vicente Rojo.

Finalmente el decreto de disolución fue publicado el 11 de agosto en *La Gaceta de la República*, que nombraba gobernador general de Aragón a José Ignacio Mantecón, militante de Izquierda Republicana. Ese mismo día las Divisiones comenzaron el desmantelamiento del Consejo, y algunos de sus miembros, incluido Ascaso, fueron encarcelados.

Así pues, en nombre del esfuerzo bélico, los republicanos, los socialistas centristas y los comunistas habían puesto bajo el control del Estado central al último baluarte independiente de particularismo regional en la España republicana. La principal consecuencia de este hecho a corto plazo fue el encarcelamiento de cientos de cenetistas —483 antifascistas apresados entre agosto y diciembre de 1937, según Godicheau⁸⁸—, lo que contrasta con la prácticamente nula resistencia que éstos ofrecieron a las tropas enviadas por el Gobierno central⁸⁹. A largo plazo, supuso un fuerte golpe moral para los soldados anarquistas, lo que sin duda debió de contribuir al colapso de este frente pocos meses después.

⁸⁶ José Luis LEDESMA: *Los días de llamas...*, p. 212.

⁸⁷ Julián CASANOVA: *De la calle al frente...*, p. 204.

⁸⁸ François GODICHEAU: “Los hechos de mayo...”, p. 44.

⁸⁹ José Luis LEDESMA: *Los días de llamas...*, p. 214.

5.2 La “tregua” antifascista

Como ya he adelantado en la introducción de este apartado, en el período que comprende la disolución del Consejo de Aragón hasta finales de 1938-comienzos de 1939 asistimos a un notable descenso de la hostilidad entre antifascistas. Los orígenes de esta “tregua”⁹⁰ hunden sus raíces en los Hechos de Mayo de 1937, tras los cuales la CNT aceptó su derrota y mostró una mayor predisposición a colaborar con las fuerzas gubernamentales. Entramos, pues, en un período de colaboración anarquista; colaboración que fue pareja al auge comunista.

En cuanto al Aragón republicano, los conflictos en esta región habían sido continuos debido a la oposición entre los anarquistas y aquéllos que se oponían a las colectivizaciones. Pero sin duda las tensiones entre ambos bandos se acentuaron tras los Hechos de Mayo, como ya hemos visto. A pesar de la subordinación de la cúpula cenetista al aceptar su derrota en mayo, la CNT amenazó con romper definitivamente sus relaciones con el PCE tras los nuevos atropellos cometidos contra su organización. Sin embargo, Mariano R. Vázquez, secretario general de la CNT, se reunió con la dirección del PCE antes de tomar una decisión. Ambas organizaciones acordaron firmar un acuerdo de cordialidad. Se basaba, una vez más⁹¹, en su consciencia de que el enemigo no estaba entre los antifascistas sino al otro lado del frente. Aunque en la práctica no supuso un cambio total sí supuso la firma de la paz en la retaguardia y el comienzo de una relativa buena relación entre CNT y PCE, que conllevó un bajón en el número de asesinatos tras septiembre de 1937.

Algunos de los periódicos confederales no confiaban en las buenas intenciones de los comunistas. Sospechaban que era una táctica encubierta para dar el golpe definitivo a una CNT que estaba ahora más débil que nunca. Y la verdad es que no iban mal encaminados: la Komintern había propuesto “acabar de veras” con los anarquistas ahora que tenían poca influencia⁹². En cualquier caso, a partir del otoño de 1937 afloró una etapa de concordia en la retaguardia republicana que hubiera sido impensable pocos meses antes. La caída del norte republicano fue clave en este cambio de parecer de las voces más sectarias: cada vez estaba más claro que si no se ponía fin a las luchas intestinas la guerra estaría perdida.

⁹⁰ Si escribo “tregua” con comillas es porque, al fin y al cabo, nunca cesaron *del todo* los crímenes.

⁹¹ Cf: p. 16.

⁹² Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 212.

La CNT hizo oficial esta postura de colaboración el 15 de septiembre de 1937 en un Pleno de Regionales. Los delegados concluyeron que la única salida era apoyar al Gobierno y mejorar en todo lo posible las relaciones con el resto de organizaciones con objeto de vencer al fascismo. El punto culminante de la colaboración anarquista fue la unión de la CNT al Frente Popular, como si fuera un partido más, el 2 de abril de 1938. Además, el día 5 del mismo mes Azaña y Negrín renovaron el Gobierno y premiaron la colaboración de la CNT nombrando ministro de Sanidad al cenetista Segundo Blanco. Era la primera vez que la CNT participaba en el Gobierno desde la expulsión de los ministros anarquistas tras los Hechos de Mayo.

En esta época la colaboración alcanzó un nuevo significado. Fue así hasta el punto de que en el año 1937 algunas organizaciones llegaron a plantarse incluso la posibilidad de fusionarse entre ellas. Por un lado, algunas voces se mostraron partidarias de la unión de CNT y UGT, y por ambas partes se caminó hacia ella, especialmente en marzo de 1938, cuando ambas organizaciones consensuaron un programa basado en ocho puntos, entre los que destacaban asuntos como el reconocimiento jurídico de algunas colectividades. Sin embargo, no se llegó a más. Por otro lado, también algunos se comenzaron a mostrar partidarios de la unión entre PCE y PSOE. Huelga decir que la creación de un gran partido del proletariado que representara el marxismo nacional era el sueño del PCE y, por supuesto, de Moscú. Además, el PCE sabía que este proyecto le beneficiaría, entre otras cosas, debido a que en esta época era bastante corriente el transfuguismo de líderes socialistas al PCE, del que Santiago Carrillo es, por cierto, el mejor ejemplo.

La unión de las juventudes ya había sido realizada en abril de 1936, pero la fusión de los partidos planteaba puntos más difíciles de resolver. A pesar de que en el PSOE algunos dirigentes se alzaban a favor de la propuesta, tras varias conversaciones en este sentido, en agosto de 1938 un informe de Prieto y otros socialistas echó por tierra definitivamente el intento de crear un único partido marxista español. Los socialistas pronto percibieron que las tendencias unitarias del PCE no eran sólo expresión de la solidaridad en la lucha común contra el fascismo sino, y en gran medida, un medio en la lucha de poder entre las diferentes tendencias del movimiento obrero, el cual aspiraban a dirigir tanto teórica como prácticamente⁹³. Este debate sobre la posible unión de ambas organizaciones desembocó a medio plazo, en vez de en la unidad, en una mayor tensión entre socialistas y comunistas; tensión que asumía ahora el papel protagonista debido a la política que adoptó la CNT en estos momentos. Incluso podemos situar aquí el germen

⁹³ Walther BERNECKER: *Colectividades...*, p. 65.

de lo que acabaría siendo otro discurso anticomunista del que venía siendo “tradicional”, el anarcosindicalista⁹⁴.

Por lo que respecta al año 1938, nos encontramos entonces en plena “tregua” antifascista, y no fue hasta los últimos meses del año cuando las tensiones volvieron a aflorar. La creciente frustración ante el punto muerto al que la República se enfrentaba en el contexto internacional, al igual que la tensión de mantener el esfuerzo bélico en estas condiciones, empezaron a profundizar, de forma inevitable, en las divisiones políticas en las filas republicanas. Así las cosas, el Gobierno exploró dos vías para intentar subir la moral de los combatientes. Por un lado, se prodigaron los premios en ascensos y recompensas; por otro, se adoptó una política de disciplina total en el frente, autorizando a los mandos a reprimir con total libertad la desertión o la desobediencia⁹⁵.

Amén de otros conflictos, uno de los principales problemas derivados de la situación desesperada que vivía la República fue la salida de Prieto del gobierno. Ésta vino debida fundamentalmente a que ya no creía en la estrategia de Negrín de “resistir es vencer” y no había lugar para su pesimismo en el Gobierno. Cabe añadir no obstante que, si bien es cierto lo anterior, también parece que hubo una campaña de desprestigio por parte del PCE hacia su persona. Manuel Aguilera se vale de la correspondencia para afirmarlo:

Después de la guerra, Negrín le manifestó por carta lo siguiente: «El reemplazarle a usted en Defensa era necesario y fue un acierto. Su moral decaída impedía que su capacidad singular y su actividad prodigiosa dieran un rendimiento positivo». Prieto contestó: «Eso constituye simplemente una invención para encubrir que usted, al lanzarme del Gobierno, cedió a exigencias del PCE».⁹⁶

Por supuesto, no todo quedaba en problemas políticos en las altas esferas, y tanto en el frente como en la retaguardia continuaron asesinandose entre sí los antifascistas. Lo característico de este período, además, es que cada vez el PCE tenía más influencia dentro del ejército, y ello puso muchas veces en situaciones de riesgo a anarquistas y comunistas no estalinistas. Dicha influencia es fácilmente entendible si tenemos en cuenta que el PCE fue el más acérrimo defensor de la estrategia negrinista de “resistir es vencer”.

⁹⁴ Ángel BAHAMONDE y Javier CERCERA: *Así terminó...*, pp. 506-507.

⁹⁵ *Ibid*, p. 26.

⁹⁶ Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 240.

6. El retorno de la hostilidad antifascista y el golpe del coronel Casado

A finales de 1938 y comienzos de 1939 la situación en la República española comenzaba ya a ser insostenible. Negrín seguía convencido de resistir hasta que se desencadenara una guerra europea y las potencias democráticas intervinieran junto a los republicanos en la Guerra Civil española. Pero cada mes que pasaba parecían menores las probabilidades de que eso ocurriera. De hecho, se desvaneció casi toda esperanza el 30 de septiembre de 1938, cuando en la Conferencia de Múnich Inglaterra y Francia pactaron con las potencias fascistas la cesión de los Sudetes a Alemania⁹⁷. Era un nuevo ejemplo de la poca intención que tenían estos países de entrar en una guerra con Hitler. Por si fuera poco, la URSS, además, rebajó desde entonces su ayuda a la República. Tanto esto como su demostrada incapacidad para conseguir la victoria militar debilitaron al PCE, que quedó ahora más aislado que nunca. En cuanto al ejército, desde luego la influencia de este partido siguió siendo clave en él, aunque no tanto como se ha insinuado tradicionalmente⁹⁸. Además, los anarquistas volvieron a elevar sus críticas contra dicho partido a niveles previos a los Hechos de Mayo.

Pero el punto de inflexión de la desestabilización republicana llegó sin duda en febrero de 1939. En primer lugar, este mes supuso el fin de la ofensiva sobre Cataluña de los franquistas, que se saldó con su victoria decisiva sobre los republicanos. Así, toda Cataluña quedó en manos de los sublevados, y a la República le quedó únicamente la zona sudeste peninsular –incluyendo también Madrid–. Dada la dificultad de la situación en la que se encontraban los mandos militares republicanos Negrín decidió reunirlos en Los Llanos, en Albacete. Puede decirse que esa reunión constituyó el más claro antecedente del golpe de Casado, pues, si bien todos los oficiales salvo uno consideraron que la República ya no tenía capacidad ofensiva alguna, únicamente Casado y Matallana consideraban necesario poner fin a la guerra cuanto antes⁹⁹. En segundo lugar, y este fue el golpe moral definitivo, el 27 de febrero llegaron del exterior dos noticias desastrosas

⁹⁷ Precisamente pocos días después de la resolución de la crisis de los Sudetes el nacionalismo vasco y catalán llevaron a término sus posiciones en favor del cese de la guerra: aprovecharon la coyuntura para abandonar la República y reafirmar sus posiciones independentistas. Representantes de ambos territorios presentaron el 12 de octubre sendas memorias a los británicos hablando de su situación particular y solicitando su apoyo para conseguir la independencia. Ángel BAHAMONDE y Javier CERVERA: *Así terminó...*, pp. 286-288.

⁹⁸ Si el PCE hubiera sido la mitad de poderoso en las fuerzas armadas de lo que se ha sugerido a menudo en numerosas memorias, Casado y sus compañeros de conspiración no hubieran podido ni siquiera iniciarla. Helen GRAHAM: *La república...*, p. 433.

⁹⁹ Paul PRESTON: *El final de la guerra...*, pp. 121-122.

para los republicanos: el reconocimiento oficial de Franco por Francia e Inglaterra y la dimisión de Manuel Azaña.

Así las cosas, perdida toda esperanza, únicamente Negrín y parte del PCE –que no todo– fueron partidarios de una resistencia activa, de resistir hasta el final; el resto, en cambio, se debatía entre una resistencia por inercia y la rendición.

6.1 La sublevación de Casado

El coronel Segismundo Casado, como ya he adelantado, era el principal representante de aquéllos que, al no querer resistir más, buscaban alcanzar un acuerdo con Franco. Casado, aprovechándose de la bajísima moral que ya predominaba entre todos los republicanos, consiguió convencer a todas las fuerzas republicanas con presencia en Madrid –excepto el PCE– de que había llegado la hora de llevar a término la Guerra civil. El fin del conflicto llegó, pues, con la curiosa situación de un pronunciamiento militar dado en el marco de una guerra generada por otro pronunciamiento. Así, sus acciones le han valido la crítica de muchos historiadores. Por ejemplo, Paul Preston lo presenta como un personaje arrogante y egoísta por culpa de cuya acción se provocaron miles de muertes innecesarias¹⁰⁰.

Casado presentó su golpe como una liberación de la dictadura soviética que amenazaba España, algo que obviamente, en la práctica, en el contexto en que nos encontramos, era imposible. También creía que Negrín era una marioneta del PCE. En realidad se valió de ese pretexto para hacer valer el odio hacia los comunistas e intentar borrarlos del mapa; por ejemplo funcionó con los anarquistas, que apoyaron la conspiración en virtud de su tradicional enemistad con el PCE y de su resentimiento tanto con los comunistas como con Negrín frente a la imposición del esfuerzo bélico centralizado por parte del Gobierno que ellos rechazaban¹⁰¹. La animadversión de Casado hacia el PCE era fruto de su sentimiento de marginación dentro del Ejército, pues no había ocupado un lugar relevante en la vida política ni militar en toda la guerra¹⁰². En cuanto a sus objetivos personales, no cabe duda de que lo que le movió fue la posibilidad de negociar unas buenas condiciones de rendición con Franco, sobre todo para él y para otros militares profesionales, que rápidamente se apuntaron a la conspiración –Miaja, Matallana, Menéndez, etc.–. Además, quería evitar su sustitución, que hubiera sido la consecuencia lógica su actitud en Los Llanos.

¹⁰⁰ Paul PRESTON: *El final de la guerra...*, pp. 11-13.

¹⁰¹ *Ibid*, p. 143.

¹⁰² Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 258.

Los hechos se precipitaron en Cartagena, el puerto militar más importante de la península, el 4 de marzo, donde se materializó prematuramente el golpe de Casado, aunque las connotaciones poco tuvieron que ver con lo acontecido en la capital. Cuando el coronel estaba sumido en los últimos preparativos del Consejo Nacional de Defensa, estalló una doble rebelión de partidarios de Casado y de Franco dicha ciudad. Tanto los casadistas como los franquistas dieron algunos problemas a las tropas republicanas, pero pronto fueron reprimidos. El principal problema vino debido a que, en mitad de los enfrentamientos, la flota, comandada por el almirante Buiza, zarpó rumbo a Argel, no por rebelión sino por supervivencia. La marcha de la flota de Cartagena frustró definitivamente la esperanza de llevar a cabo una evacuación eficaz.

Pero el verdadero golpe de Casado llegó la noche del 5 de marzo, cuando se emitió en la radio el manifiesto de creación del Consejo Nacional de Defensa. Habló en primer lugar Besteiro¹⁰³, quien declaró que, tras la dimisión de Azaña, el gobierno Negrín carecía de legitimidad. En cuanto al Consejo, éste fue el órgano de poder que, presidido por José Miaja, sustituyó al Gobierno Negrín. Había sido diseñado y reclamado por la CNT desde el principio de la guerra como un órgano en el que estuvieran representadas de modo proporcional todas las fuerzas antifascistas¹⁰⁴, pero ahora se creó de un modo diferente: presidido por un militar profesional y con el PCE excluido. Cabe destacar que algunos dirigentes comunistas le manifestaron su apoyo incondicional desde el principio.

Comenzó entonces un enfrentamiento entre las fuerzas casadistas y la militancia del PCE madrileño. Ésta mostró su oposición a la rebelión de Casado en nombre del Gobierno legítimo de la República. Sin embargo, adoptó la forma de un enfrentamiento armado en plena calle que recuerda mucho, al menos en las formas, a los Hechos de Mayo de 1937¹⁰⁵. El porqué de ello, de que esta resistencia tomara esta forma de respuesta armada, debemos buscarlo en el aislamiento del partido y el sentimiento de

¹⁰³ Besteiro fue, junto con Casado y Negrín, el personaje más relevante en estos hechos. Acabó ostentando la vicepresidencia y el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en el Consejo Nacional de Defensa. Preston lleva a cabo una honda valoración del pensamiento de Besteiro y el papel que jugó en estos hechos, y le achaca pensar, en la línea de la propaganda franquista, que entregando al PCE a Franco los republicanos podrían “purificarse” y establecer las bases de la conciliación. Paul PRESTON: *El fin de la guerra...*, pp. 52-53.

¹⁰⁴ Concretamente, CNT planteó un Consejo Nacional de Defensa compuesto por cinco representantes de la CNT, cinco de la UGT, cuatro republicanos y presidido por Largo Caballero. Tal planteamiento estaba orientado a institucionalizar un nuevo orden político, además de que buscaban con él más ventajas que las que Largo Caballero estaba dispuesto a concederles. Julián CASANOVA: *De la calle al frente...*, pp. 180-181.

¹⁰⁵ Ya entonces la sensación era la misma. Por ejemplo, el periódico anarquista *Castilla libre* tituló en portada el día 9 de marzo “la maniobra de Mayo en Barcelona, repetida; pero ahora contra todos los antifascistas españoles”. Reproducido en Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 304.

sitio en la ciudad. El objetivo del PCE, en vistas de que su victoria era imposible, pretendió al menos crear una posición de negociación fuerte para poder llegar a un acuerdo con el Consejo de Defensa en temas como la garantía de la integridad de los miembros del PCE¹⁰⁶. En todo caso, esta pequeña y nueva guerra civil dentro de la Guerra Civil fue, no hay duda, el segundo mayor pico de violencia antifascista en la II República española sólo por detrás de los Hechos de Mayo.

Hubo encarnizados combates en Madrid desde el 6 de marzo, y en los primeros días parecía que los comunistas tomaron ventaja. Sin embargo, pronto se desvaneció el sueño de la resistencia debido a varias dificultades. Primero, la rápida detención de Domingo Girón, el principal valedor del plan de defensa del partido, por parte de los casadistas. Pero más problemático fue el hecho de que muchos mandos militares comunistas se negaran a actuar contra Casado. Y con el paso de los días de enfrentamiento la cosa no fue a mejor: el 6 de marzo Negrín abandonó España con la consecuente eliminación de la poca legitimidad que ya le quedaba a su gobierno, mientras que el 9 de marzo el Buró político del PCE comunicó a la resistencia comunista que debía poner fin a la lucha porque se debía primar la preparación de los militantes del partido para la clandestinidad.

Pero a pesar de todo, las hostilidades no concluyeron hasta el 13 de marzo. La moral de los comunistas caía en picado, pero muchos militantes continuaban resistiendo simplemente porque pensaban que no les quedaba más opción. Desde el 9 de marzo Casado se impuso claramente, en parte por la acción franquista llevada a cabo en Casa de Campo, claramente concebida para ayudarle a vencer a los comunistas. Finalmente el día 13 se firmó la paz, dejando los enfrentamientos tras de sí unos 230 muertos y 560 heridos¹⁰⁷.

6.2 Las consecuencias del golpe de Casado

Primero y ante todo, el pronunciamiento del coronel Casado llevó, como ya sabemos, al fin de la Guerra Civil española. El 23 de marzo se entrevistaron en el aeródromo de Burgos representantes de Casado y Franco y se confirmó que no habría concesiones: la rendición habría de ser incondicional. Así las cosas, El día 26 de marzo comenzaron a rendirse en masa las tropas republicanas en el frente, y el día 28 Casado dio orden de comunicar al enemigo la rendición oficial del Ejército del Centro.

¹⁰⁶ Helen GRAHAM: *La república...*, p. 438.

¹⁰⁷ Según Manuel Aguilera, que compara su propia investigación con la de Ramón Salas Larrazábal, obteniendo cifras muy similares. Manuel AGUILERA: *Compañeros y camaradas...*, p. 332.

El final de la Guerra Civil llevó a aumentar, si cabe, aún más el odio entre facciones, hasta el punto de provocar una división total en el exilio, incluso entre componentes de los mismos partidos y organizaciones sindicales. Pero ninguna organización fue tan atacada como el PCE. Su represión constituye, junto con el fin de la Guerra Civil, la principal consecuencia del golpe de Casado. Y es que la criminalización y persecución del comunismo no comenzó con la victoria de Franco, sino ya varias semanas antes.

En cuanto al resto de la zona centro-sur, no hubo enfrentamientos entre republicanos como los hubo en Madrid. Pero esta zona sí compartió con Madrid la oleada de anticomunismo, que en realidad azotaba en estos momentos a toda España. El anticomunismo era un lenguaje a través del cual se expresaban diferentes tipos de iras y frustraciones. Ante todo, hemos de tener en cuenta que este partido había sido un participante muy activo en la “guerra” entre organizaciones en la retaguardia republicana; se había mostrado más que a la altura de sus oponentes y, por ello, había ganado bastantes enemigos. Algunos sectores obreros fueron hostiles a la política de frentepopulismo que había adoptado el PCE por fortalecer así el orden republicano burgués. También las clases medias, de las cuales buena parte apoyó la política frentepopulista comunista, pasó a rechazar al PCE por considerarle un obstáculo para lograr una paz con Franco. Además, y por último, el anticomunismo más puramente popular fue en aumento desde mediados de 1938, producto de un rechazo hacia el único partido que, a pesar del cansancio de la guerra, se erigió siempre como el adalid de la resistencia¹⁰⁸.

Es decir, el PCE fue siempre identificado durante la guerra –y así lo buscó él mismo–, con el interclasismo republicano y con el esfuerzo bélico y la victoria. Y precisamente por dicha asociación, por no poder cumplir con las expectativas que él mismo se había ocupado de propagar, fue mayor el odio hacia los comunistas al final de la guerra.

¹⁰⁸ Helen GRAHAM: *La república...*, pp. 444-445.

7. Conclusión

A lo largo del presente trabajo hemos visto, siguiendo una línea cronológica, los distintos enfrentamientos y tensiones que sufrieron –y propiciaron– los antifascistas españoles durante la Guerra Civil. Para entender sus dinámicas en el período que nos ocupa hemos de partir de un contexto internacional y nacional. En primer lugar, ha de estar presente que estamos ante una coyuntura de crisis europea: política, social y económica. La sublevación franquista no constituyó un fenómeno aislado sino uno más de los golpes del fascismo contra regímenes democráticos europeos, y si bien en un principio aunó a todas las fuerzas republicanas antifascistas, a medio plazo generó una serie de tensiones que hicieron estallar las contradicciones propias del antifascismo español. En otras palabras, aquellos que nunca habían conformado un grupo unido –nada más lejos, en realidad, con la excepción del Frente Popular–, ahora, debido a las circunstancias, se vieron obligados a ello. En segundo lugar, no sólo el contexto europeo y los inmediatos antecedentes a la Guerra Civil condicionaron la situación de los antifascistas, sino también las especificidades inherentes al desarrollo socio-económico español, que provocaron, sobre todo, profundas diferencias políticas regionales.

Iniciada la Guerra Civil, las diferentes organizaciones antifascistas se unieron para hacer frente a los sublevados. Sus luchas comenzaron casi desde el primer día y no llegaron a término hasta el mismo fin de la guerra. La amenaza fascista, pues, no fue suficiente para modificar ni la conducta política colectiva ni las diferentes identidades sociales de la izquierda. Los principales conflictos tendrían como protagonistas a comunistas y anarquistas, cuya violencia manifiesta originó centenares de víctimas mortales en ambas militancias, especialmente durante los Hechos de Mayo y la batalla de Madrid tras el golpe de Casado. La tensión era palpable tanto en la retaguardia como en el frente, con todo lo que ello conlleva. En este sentido, la prensa fue uno de los principales instrumentos de los que se valieron los diferentes bandos antifascistas para vilipendiar al adversario, siendo los periódicos comunistas y anarquistas los más incendiarios. A través de ella influenciaron a las masas, ya que se trataba del principal medio de expresión de partidos y sindicatos.

El motivo del comienzo de las disputas entre las distintas militancias antifascistas era fruto, la mayoría de las veces, de las experiencias acumuladas de sus vivencias

anteriores. El relato de Arturo Barea, comentado al comienzo del trabajo¹⁰⁹, es buena muestra de ello. En todo caso, aunque la violencia entre partidos y facciones fue constante, el primer momento de violencia catastrófica fue, como he indicado reiteradamente, los Hechos de Mayo del 37: en unos pocos días murieron más de 250 personas.

En cuanto a los beligerantes antifascistas, el papel del PCE es clave para entender el desarrollo de la Guerra Civil hasta el punto de que ya en la propia época quedó inherentemente asociado a la resistencia y el esfuerzo bélico. Además, sus acciones resultan fundamentales a la hora de estudiar la dinámica del mundo antifascista español. En primer lugar, por su concepción “democrático-burguesa” de la revolución, que le llevó a postergarla *sine die* por considerar que no se hallaban en una coyuntura propicia para realizarla. Este fenómeno provocó la sorprendente situación de que el PCE fuera, a pesar del radicalismo que podía esperarse de él, uno de los partidos más moderados en lo referente a cuestiones socio-económicas. De hecho, los socialistas “izquierdistas” –la sección largocaballerista– se encontraban mucho más cerca ideológicamente de los cenetistas y poumistas que los propios comunistas.

En segundo lugar, por la importancia *per se* que demostró el PCE durante la Guerra Civil, especialmente debido a la cuantía de sus militantes. Hasta la guerra este partido había sido poco más que una secta en el panorama de la izquierda española, mientras que durante la contienda su militancia creció notablemente. El motivo debemos buscarlo en una cuestión práctica: las circunstancias de la guerra hicieron que muchos individuos se unieran a partidos políticos en busca de protección, ascenso profesional o incluso para asegurarse el acceso a productos de primera necesidad. A pesar de que lo encontramos en todos los partidos, el PCE fue el más beneficiado por este fenómeno¹¹⁰. Por último se ha de tener en cuenta la relación del PCE con la URSS y la Komintern, que ejercieron una influencia notabilísima en aquél. No sólo es significativo porque muchas veces la política del PCE debía ir en la línea de lo que le marcara Moscú, sino también por la legitimidad que confirió a este partido el hecho de que el único país que estuviera ayudando directamente a la República fuera la URSS.

¹⁰⁹ Cf. p. 10.

¹¹⁰ Helen GRAHAM: *La república...*, p. 356.

En el lado opuesto encontramos al bando que he denominado “revolucionario” a lo largo del trabajo¹¹¹, que, formado por la CNT y el POUM, no tuvo un papel tan importante en la contienda como el PCE, pero desde luego sí lo tuvo en las luchas entre los antifascistas. Desde el primer momento ambas organizaciones pugnaron por llevar a cabo la revolución, y allá donde les fue posible instauraron colectivizaciones, de tipo agrícola e industrial. Su concepción sobre cómo afrontar la guerra y la revolución, totalmente antagónica respecto a la del PCE, conllevó constantes enfrentamientos con este partido; enfrentamientos que, como hemos visto, siempre –bien a corto o largo plazo– se acabaron resolviendo a favor del PCE, con excepción de los de las últimas semanas de guerra. A los revolucionarios sin duda se les puede achacar el haber llevado a cabo una política izquierdista ajena a la realidad, con la consecuente oposición que le valió dicha política entre prácticamente todo el resto de fuerzas políticas. La CNT ejerció un papel clave al principio de la guerra –en el contexto de las comités obreros, especialmente–, pero fue decayendo paulatinamente, hasta el punto de quedar, tras los Hechos de Mayo, reducida prácticamente a una “organización muleta”, subordinada a otras organizaciones políticas. El POUM, por su parte, nunca fue un partido importante, pero la actitud de sus dirigentes, en oposición abierta al gobierno republicano y al resto de fuerzas, le valió no ya su desactivación política sino su ilegalización. Su oposición directa al estalinismo, y por ende al partido que más poder demostró durante la guerra, hizo que su actividad política tuviera las horas contadas.

En cuanto a los Hechos de Mayo de 1937, algunos autores, como Cruells, le han atribuido ser uno de los principales conflictos acaecidos en el contexto del movimiento obrero internacional; otros, como Viñas, le restan importancia y argumentan que, al fin y al cabo, no fueron más que unos pocos días de lucha en una única ciudad. En todo caso, lo que está claro es que estos Hechos marcaron un punto de inflexión en el antifascismo español, en tanto que supusieron el primer enfrentamiento directo y masivo entre comunistas y anarquistas, así como el principio del fracaso de la revolución española y la represión de sus impulsores. Además, también significó la caída del gobierno de Largo Caballero y el ascenso de Negrín. El PSUC tuvo desde siempre la intención de acabar con la CNT y el POUM y su revolución, pero debido a la fuerza de los cenetistas nunca se vio con el arrojo suficiente para propiciar un enfrentamiento directo. En cambio, el PSUC y sus socios no revolucionarios impulsaron una campaña de desprestigio contra

¹¹¹ Cf. n. 3.

CNT y POUM, pretendiendo acabar con ellos poco a poco. Pero los hechos se precipitaron tras el asalto a la Telefónica, que llevó a un estallido de violencia espontáneo por toda la ciudad. Si bien esto fue así, sin duda benefició mucho más al PSUC y sus socios que a los revolucionarios.

Comenzaba tras los Hechos de Mayo de 1937 la etapa Negrín, en la que se produjeron cambios notables, siendo la adopción de la estrategia “resistir es vencer” el más relevante. El principal valedor de Negrín fue el PCE, en quien se apoyó más que en su propio partido –el PSOE– por defender ambos la misma estrategia. Además, el PSOE presentaba fuertes divisiones internas, con varias líneas políticas representadas por diferentes dirigentes históricos del partido. En todo caso, esta época se caracterizó por la notable reducción de violencia antifascista en Cataluña, si bien todavía quedaba un último escollo antes de llegar a la ya mencionada “tregua” antifascista: la disolución del Consejo de Aragón. La política centralista adoptada por Negrín conllevó desde el mismo comienzo de su gobierno la erradicación de todo foco de poder no dirigido por el Gobierno central, y eso también incluía el Consejo de Aragón, último bastión de la CNT. Aunque Negrín cumplió su objetivo de unidad para dirigir eficazmente el esfuerzo bélico, la disolución del Consejo supuso un varapalo político y moral para los cenetistas, que quedó lejos de aliviar las tensiones entre el antifascismo español. La CNT quedó sumisa y silenciada, pero también la acción de su militancia en el frente quedó trastocada, lo que debió contribuir a la pérdida del frente de Aragón pocos meses después.

De ahí en adelante la CNT, consciente de su fracaso, aceptó colaborar con el gobierno republicano; incluso volvió a haber en el gobierno un ministro cenetista meses después. La colaboración y la paz entre antifascistas llegaron al punto de que los líderes de CNT y UGT por una parte y de PCE y PSOE por otra entablaron conversaciones sobre la posibilidad de unirse. Sin embargo, no se llegó a dicha unión y las tensiones volvieron a hacerse visibles a finales de 1938, fruto, sobre todo, de la propia situación de la guerra: la victoria parecía ya imposible. En paralelo a la caída de la moral se produjo un aumento de las críticas hacia el PCE acusándole de promover la identificación comunistas-resistencia bélica. Así, al borde de la derrota, con la moral de los republicanos muy minada, se desató, sobre todo en la zona centro y centro-sur, una oleada de anticomunismo en las últimas semanas de guerra. El punto álgido de ese enfrentamiento entre comunistas y el resto de fuerzas republicanas llegó tras el golpe del coronel Casado. A pesar de que parte de la dirigencia del PCE apoyó a Casado, no sucedió así con la

militancia, que se enzarzó en una batalla con casadistas y franquistas en la capital. Finalmente dicho enfrentamiento acabó con la derrota de los comunistas, con la victoria de Casado y, por ende, con el final de la Guerra Civil española.

En definitiva, durante la guerra asistimos al punto álgido de las tensiones entre los partidos y sindicatos de la izquierda española. En ningún momento habían sido ni han vuelto a ser tan violentos con las organizaciones de su mismo espectro ideológico. Esto fue sin duda consecuencia de los problemas que la guerra trajo consigo, haciendo estallar todas las tensiones y contradicciones que las fuerzas republicanas –en amplio sentido amplio– habían ido acumulando durante las décadas anteriores. Dichas tensiones detonaron, principalmente, en tres momentos concretos: los Hechos de Mayo, la disolución del Consejo de Aragón y la sublevación del coronel Casado, constituyendo el primero el acontecimiento más significativo. En cuanto al destino de las organizaciones, los Hechos de Mayo supusieron el fin del POUM, mientras que fue la sublevación de Casado el acontecimiento que galvanizó el anticomunismo hacia el PCE. La CNT, por su parte, llevó una trayectoria desigual: la muerte de la revolución llegó con los Hechos de Mayo, pero fue la disolución del Consejo de Aragón lo que supuso el fin del último baluarte cenetista.

En síntesis, a tenor de lo explicado y sin desdeñar otros factores, podemos concluir que la Sexta Columna –y no sólo la Quinta– contribuyó particularmente a la derrota final en la guerra, inaugurando con ello una larga dictadura que se encargó de silenciar las voces de la izquierda y echar abajo los cimientos de la Segunda República española. En los siguientes cuarenta años ya no habría ocasión para las disensiones antifascistas.

8. Bibliografía

- AGUILERA, Manuel: *Compañeros y camaradas: las luchas entre antifascistas en la Guerra Civil española*, San Sebastián de los Reyes, Actas, 2012.
- BAHAMONDE, Ángel y CERVERA, Javier: *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons, 1999.
- BAREA, Arturo: *La forja de un rebelde*, Debate, Barcelona, 2004.
- BERNECKER, Walther: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 1982.
- BLANCO, Juan Andrés: “La historiografía de la Guerra Civil española”, *Hispania Nova*, 7 (2007), <http://hispanianova.rediris.es/7/dossier/07d014.pdf>.
- BOLLOTEN, Burnett: *La revolución española. Sus orígenes, la izquierda y la lucha por el poder durante la guerra civil 1936-1939*, Barcelona, Grijalbo, 1980.
- CASANOVA, Julián: *De la calle al frente*, Barcelona, Crítica, 1997.
- CRUELLES, Manuel: *Mayo sangriento. Barcelona 1937*, Barcelona, Juventud, 1970.
- EALHAM, Chris: *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Madrid, Planeta, 1999.
- GALLEGO, Ferrán: *Barcelona, mayo de 1937*, Barcelona, Debate, 2007.
- GODICHEAU, François: “Los hechos de mayo de 1937 y los ‘presos antifascistas’: identificación de un fenómeno represivo”, *Historia social*, 44 (2002), pp. 39-63.
- GRAHAM, Helen: *La República española en guerra (1936-1939)*, Barcelona, Debate, 2006.

- IGLESIAS, Gema: *La propaganda política en la Guerra Civil española: la España republicana*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002.
- LEDESMA, José Luis: *Los días de llamas de la revolución: violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.
- NIN, Andreu: *La revolución española, 1930-1937*, Barcelona, Fontamara, 1978.
- ORWELL, George: *Homenaje a Cataluña*, Barcelona, Virus, 2003.
- PEIRATS, José: *La CNT en la revolución española*, II, París, Ruedo Ibérico, 1971.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La Guerra Civil y la historiografía: no fue posible el acuerdo”, en Santos JULIÁ: *Memoria de la guerra y del franquismo*, Madrid, Taurus, 2006, pp.101-133.
- PRESTON, Paul: *El final de la guerra. La última puñalada a la República*, Barcelona, Debate, 2014.
- VIÑAS, Ángel: *El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937*, Barcelona, Crítica, 2007.
- VV.AA [Fundación Andreu Nin]: *Los sucesos de mayo de 1937: una revolución en la República*, Barcelona, Pandora, 1988.